

**Programa de Ingreso de la  
Universidad Nacional de Río Negro**

Rector organizador:  
Lic. Juan Carlos del Bello

# **Antología**

**Prácticas de lectura  
y escritura**





---

## TEXTOS PARA EL EJERCICIO 3

---

*Escalafón mundial*

### UNIVERSIDADES ARGENTINAS, LEJOS EN LOS RANKINGS

Por Raquel San Martín  
De la Redacción de LA NACION  
Lunes 8 de setiembre de 2008

Fáciles de mostrar, con la atracción del impacto y el rigor incontrastable de los números, los rankings universitarios se han multiplicado en los últimos cinco años. En todo el mundo están alentados por la disponibilidad de datos y la difusión que proporciona Internet. Pero aún son cuestionados en la Argentina y en América latina, cuyas universidades suelen tener presencia insignificante en las clasificaciones.

Los dos rankings de universidades más prestigiosos son el de la Universidad Jiao Tong, de Shanghai, que se hace anualmente desde 2003, y el del suplemento de educación superior del diario británico The Times, desde 2004; publican la lista de las 500 mejores instituciones, y las ordenan por continente, por área disciplinaria y por país.

Ambos rankings consagran a la Universidad de Harvard como la mejor del mundo, mientras que las británicas de Cambridge y Oxford, respectivamente, son las mejores de Europa. De las instituciones argentinas, sólo la Universidad de Buenos Aires (UBA) aparece en ambas clasificaciones: está entre los puestos 151° y 202° en el último ranking de Shanghai (a partir del puesto 100° se las ubica en bloques de 50, por orden alfabético), y en el 264° en el del Times, en el que las universidades en bloques de 50, por orden alfabético), y en el 264° en el del Times, en el que también aparecen las universidades Torcuato Di Tella, Austral y Belgrano, entre los puestos 401° y 500°.

Por encima de la UBA, aparece en ambas clasificaciones la Universidad de San Pablo y en posiciones similares se encuentran la Autónoma de México y las brasileñas de Campinas, Federal de Río Janeiro y Estadual Paulista.

Aunque algunos adjudican la escasa presencia latinoamericana a bajos estándares de calidad, otras voces han señalado que el modo en que están contruidos los listados deja fuera a las universidades latinoamericanas y desconoce que la calidad, de este lado del mundo, puede significar no tanto hacer investigación de punta como lograr que los estudiantes terminen sus carreras.

Además de los dos rankings líderes, hay muchos otros: el de *USNews* para las universidades norteamericanas; el de *Asiaweek*, para esa región; *The Complete University Guide*, de Gran Bretaña; *GoodGuides*, de universidades australianas, y el más reciente *Webometrics*, que mide la presencia en la Web de las páginas institucionales de las universidades.

Mientras tanto, el mundo desarrollado es el mayor productor de listados de universidades prestigiosas y allí los rankings generan necesidad de pertenecer. El gobierno español acaba de anunciar su objetivo de que, para 2015, por lo menos 10 de sus universidades estén entre las 100 mejores de Europa en los rankings.

En América latina, donde predomina una “militancia antiranking”, no hay mediciones regionales, aunque la revista chilena

*QuéPasa* elabora una y en Perú se desarrolló otra para sus universidades.

En tanto, la Unesco prepara un “mapa de la educación superior” que promete dar idea de la calidad comparada sin armar listas.

### Para el mercado

La presencia de un ranking suele indicar la existencia de un mercado. Por eso, dicen los especialistas, la modalidad prospera en sistemas en los que hay una alta competencia entre las instituciones e ingresos restrictivos, como en los Estados Unidos; en China, donde se buscan los mejores lugares del mundo para formar a los jóvenes y traerlos de regreso, y en Europa, con países preocupados por atraer estudiantes extranjeros.

“El mundo de la evaluación y la acreditación universitaria está en contra”, dijo a LA NACION Ernesto Villanueva, experto en educación superior y miembro de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU).

“Los rankings tienen un problema metodológico: cómo cuantificar variables cualitativas”, resumió Villanueva.

Según la metodología que expone la Universidad Jiao Tong, el ranking pone énfasis en los indicadores de investigación. Usa bases de datos accesibles en Internet y mide, por ejemplo, la cantidad de premios Nobel en graduados y docentes, las citas de sus investigadores, las publicaciones incluidas en índices internacionales y en revistas científicas. De las diez mejores universidades del mundo, ocho son norteamericanas y dos, europeas.

Por el contrario, el ranking del *Times* sopesa una encuesta realizada a unos 1300 académicos de casi 90 países, otra a 738 empleadores, la cantidad de estudiantes y docentes internacionales y la proporción entre docentes y estudiantes. De las diez primeras, seis son norteamericanas y cuatro, británicas.

En América latina, y en sus propios países de origen, los cuestionamientos a estos rankings han aumentado en los últimos

años. Se objeta, por ejemplo, que dar peso a los premios Nobel deja fuera a muchas áreas de investigación que este galardón no premia -en particular, baja la puntuación para universidades volcadas a las ciencias sociales y humanas- y a otros reconocimientos académicos.

### El peso del idioma

Por otra parte, el uso de ciertas bases de datos “favorece a los investigadores que escriben en inglés, tomando como justificación que este idioma es la lengua franca de la comunidad científica internacional”, según escribió el investigador peruano Luis Piscocoya, que trabajó en el diseño de un ranking para su país.

Según dice Piscocoya, los rankings privilegian “los estudios de posgrado y la investigación científica intensiva que caracteriza a los países desarrollados”, pero no considera el modelo latinoamericano de formación de profesionales para el sector de servicios.

“En los rankings se usan datos disponibles o fácilmente accesibles, pero no siempre son los más importantes”, dijo Villanueva. “El producto elaborado es tramposo y la comparación entre universidades de distintos países tampoco es sencilla.”

Según la UNESCO, el “mapa de la educación superior en América latina y el Caribe”, que está en elaboración, integrará las bases de datos de los países y datos propios sobre estadísticas de alumnos y docentes, graduación y cobertura; ofertas académicas; políticas de aranceles; patentes y publicaciones; transferencia a sus comunidades; servicios de apoyo al estudiante, y movilidad de alumnos y docentes al exterior.

“En América latina los rankings no sirven, porque un listado no dice cómo resolver problemas. Los rankings provocan que las universidades terminen peleando por aparecer en ellos y mejorar los indicadores que se miden, en lugar de mejorar la calidad”, resumió un especialista argentino.

Basta un ejemplo: el ranking de Shanghai no considera la retención de es-

tudiantes como señal de calidad, porque el 95% de los universitarios chinos se gradúa. En la Argentina, con casi un 40% de deserción en primer año, la universidad que logra mejorar la retención merecería subir una posición.

### El IAE, un ejemplo

Más allá de las clasificaciones de la Universidad Jiao Tong, de Shanghai, y del suplemento de educación superior de *The Times*, existen rankings de escuelas de ne-

gocios, como los del *Financial Times*, *The Wall Street Journal* y *América Economía*, con un alto prestigio en el mundo académico y profesional. El IAE, por ejemplo, figura desde hace nueve años entre las 30 mejores escuelas de negocios según el diario *Financial Times*. En la última clasificación, la reconocida escuela de negocios de la Universidad Austral, cuya sede se encuentra en Pilar, ocupó el puesto 25° en el listado general y 11° en el de programas corporativos.

Página 12, Viernes, 19 de noviembre de 2004  
Los procesos de integración universitaria

## A CONVERGER QUE SE ACABA...



En línea con la Unión Europea, los países del Mercosur trabajan en la construcción de un sistema educativo superior común.

Por Javier Lorca

Si en los últimos años del siglo XX las grandes tendencias que rigieron a la universidad fueron la masificación y la diversificación institucional (léase privatización), luego la evaluación, la internacionalización y la mercantilización, ahora, mientras aquellos procesos continúan, los Estados nacionales apuntan a la convergencia de los

sistemas de educación superior. En Europa la integración está sumamente avanzada: 40 países ya están definiendo la coordinación de sus universidades, la compatibilidad de los planes de estudios, la validez común de los diplomas y la movilidad estudiantil, entre otros aspectos (ver aparte). En Latinoamérica el proceso es incipiente, pero va en la misma dirección. Con Argentina incluida, dentro del Mercosur se están dando los primeros pasos a partir de tres carreras: Agronomía, Ingeniería y Medicina.

La convergencia de los sistemas universitarios de América latina y su articulación con el espacio común europeo se dibujan como un contraprocés frente a la “caótica heterogeneidad institucional” que –según el investigador Norberto Fernández Lamarra– implicó la explosión de la educación superior ocurrida tras 1950.

Dos datos ilustran ese estallido. Uno: hace cincuenta años, en toda América latina había 75 universidades, mientras que en la actualidad son más de 1500, en su mayoría privadas. Otro: en el mismo lapso, la cantidad de estudiantes se multiplicó 45 veces: pasó de 276 mil a cerca de 12 millones.

Un estudio realizado por Lamarra (Universidad Nacional de Tres de Febrero),

presentado la semana pasada en un seminario internacional, indica que desde 1990 la tasa de incremento anual de la matrícula estudiantil latinoamericana ha sido del 6 por ciento. “Esta tasa ha sido mucho mayor para la universidad privada (8 por ciento) que para la pública (2,5).” Hoy, más de la mitad de la matrícula de la región está en instituciones privadas. Las excepciones más notables son Argentina, Uruguay y México, donde sigue predominando la universidad pública.

El panorama regional exhibe un “crecimiento irracional” de las universidades, falta de registros (“no sabemos exactamente cuántas universidades hay”, advirtió Lamarra), “una fuerte disparidad entre los planes de estudios” de los diferentes países y la “superposición entre carreras largas, de modelo profesionalista y napoleónico, y carreras cortas, de modelo angloamericano”. En ese complicado contexto, diversos países de América latina intentan seguir el camino de convergencia abierto por la Unión Europea. La propia UE lo está incentivando, para poder establecer acuerdos de cooperación e intercambio.

El principal avance que incluye a la Argentina se ha dado en el Mercosur, junto a Brasil, Paraguay y Uruguay, más Bolivia y Chile como asociados. Dentro del área de educación, los respectivos gobiernos –más representantes de universidades públicas y privadas y del sector productivo– han de-

sarrollado el Mecanismo Experimental de Acreditación de Carreras (MEXA). Hasta ahora, los acuerdos alcanzados se relacionan con el reconocimiento de tres títulos de grado. El más avanzado corresponde a la carrera de Agronomía: este año se acordaron los estándares y los contenidos mínimos de los planes de estudio, por lo que estudiantes y docentes de las universidades que acrediten cumplirlos podrán circular sin trabas entre las casas de estudios del Mercosur, mientras que los graduados podrán ejercer su profesión. Otro proceso de convergencia en marcha es una versión latinoamericana del Proyecto Tuning, que ya integran universidades de 18 países de la región.

En el seminario sobre convergencia educativa organizado por la Untref, Fernández Lamarra destacó que “la diversidad y superposición de modelos organizativos y académicos” pueden ser un obstáculo para los intereses de integración. Otro problema evidente es la mayor duración –teórica y práctica– de las carreras en Latinoamérica. “La duración real de nuestras carreras de grado es de 8 o 9 años. Las maestrías son de 3 o 4 años, y los doctorados son otros 4.” Frente al modelo vigente en la UE (grado y maestría en 5 años), “esto genera una disparidad muy fuerte”.

<http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-43805-2004-11-19.html>

Clarín, 01/03/2005

## CÓMO ASEGURAR LA CALIDAD DE LAS UNIVERSIDADES

*Existen diversas formas en el mundo para evaluar la enseñanza superior. La argentina ha logrado construir legitimidad*

Por Ernesto Villanueva<sup>□</sup>

En estos días, cuando se vuelve a discutir el sentido de nuestras universidades, es bueno tener presente el origen diferenciado de los sistemas de acreditación en diversas partes del mundo.

Es a mediados de la década del 80 que tanto en Europa como en América latina surge una reflexión sobre la necesidad de desarrollar mecanismos específicos de evaluación y acreditación de los sistemas

de educación universitaria para dinamizar instituciones que, libradas ya a las fuerzas del mercado, ya a su propia lógica interna, no siempre optan por la calidad como valor máximo.

La reflexión se diversificó: qué significa la calidad en la educación universitaria, qué se debe evaluar (programas, carreras, instituciones), qué organismo(s) debe(n) asumir las funciones evaluadoras, cómo debe estar compuesto, qué debe tenerse en cuenta, (insumos, procesos, resultados), etc.

Hoy las diversas respuestas se expresan en que evaluación y acreditación en el mundo presentan muchas diferencias entre sí. Junto con las controversias técnicas, también fue necesario discutir acerca de la legalidad y legitimidad de los sistemas y organismos evaluadores y acreditadores: ¿cuál debe ser el soporte legal de esas tareas? ¿Cómo conseguir que los actores universitarios las reconozcan y acepten?

En Estados Unidos, por ejemplo, las agencias acreditadoras existen desde comienzos del siglo XX y surgieron a partir de la iniciativa de las propias universidades y colegios. La legitimidad de los sistemas de evaluación y acreditación fue construida por las mismas instituciones de manera descentralizada y autónoma, hay diversas agencias acreditadoras por disciplina y seis evaluadoras de instituciones que se distribuyen el territorio, y una (CHEA), que las nuclea. Los marcos legales, federales y estatales, fueron posteriores a su existencia. La legitimidad y la legalidad se han construido desde la comunidad universitaria, aceptándose en la sociedad civil, para finalmente derivar hacia el Estado. Este año seremos testigos en el Congreso de los Estados Unidos de una nueva polémica entre quienes sostienen el papel creciente del Estado en exigir parámetros de calidad como prerrequisito para financiar investigaciones y becarios, y quienes optan porque la acreditación siga siendo responsabilidad de las organizaciones de la sociedad civil.

Un ejemplo opuesto encontramos en nuestro país. Aquí ha sido el Estado quien impulsó la organización de sistemas de evaluación y acreditación. A mediados de la década de los 90 la Ley de Educación Superior pautó dichos mecanismos, formalizando la existencia del Consejo de Universidades -conformado por las autoridades de los entes que agrupan a los rectores de universidades estatales y de universidades privadas- y creó la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU) como organismo de aplicación. La legalidad precedió a la legitimidad y aquella fue construida desde el Parlamento hacia la comunidad universitaria, teniendo poca presencia la propia sociedad civil.

La situación inicial era de por sí complicada, porque muchos actores universitarios sostenían que acreditación y autonomía eran incompatibles, y que se pretendía establecer un ranking de universidades para avalar cierres de algunas, arancelar o fijar cupos de ingreso irracionales.

En ese contexto, la construcción de una legitimidad para la evaluación y la acreditación dependió del tiempo y los hechos. Las fuertes exigencias para la autorización de nuevas instituciones, por ejemplo, logró actuar como muralla de contención frente a la proliferación de nuevas instituciones, que se había dado a comienzo de los 90; la acreditación de los posgrados ha asegurado pisos mínimos de calidad; la acreditación de las carreras de medicina e ingeniería ha permitido no sólo conocer en profundidad la situación de esas carreras sino también facilitar información muy pertinente para que el Ministerio pueda adoptar planes para su mejoramiento; los procesos de evaluación de instituciones se han convertido en poderosos estímulos para la transformación de muchas de ellas. Lejos de ser avasallada, la imprescindible autonomía universitaria se afianzó en un marco de búsqueda de la calidad.

Por supuesto, habiendo ya miles de resoluciones, se han deslizado errores. Pero el

tenor de los mismos ha ayudado a mejorar el sistema y a involucrar más activamente a los pares evaluadores, a los docentes y a las autoridades universitarias.

Y ese involucramiento, incluso muy crítico, ha sido fundamental a la hora de ir desarrollando una especie de *cultura de la evaluación*, que también se expresa en la existencia de áreas de evaluación y control de la calidad en numerosas instituciones universitarias. En la actualidad, todas las universidades argentinas, privadas y estatales, participan del sistema, excepción hecha de la UBA, cuyo cumplimiento de la ley es espasmódico.

La legitimidad se ha construido de arriba hacia abajo en un primer momento, pero se retroalimenta también de abajo hacia arriba y de manera transversal.

Ni mejores ni peores, el caso norteamericano y el argentino muestran dos caminos diferentes hacia el mismo punto: construir sistemas de acreditación legales y legítimos. En Estados Unidos la discusión sobre la relación que debe establecerse entre el

Estado, las acreditadoras y la sociedad civil sigue vigente. En Argentina, si bien la acreditación y la evaluación se han instalado en el seno de las instituciones, también se sigue debatiendo hasta dónde y cómo debe actuar el Estado en estos temas.

Las voces de desacuerdo siguen existiendo. Sin embargo, en una época como la actual en la que se espera que el Estado se involucre y asuma responsabilidades en materia de educación y salud, y en una época en la que la universidad es más universal que nunca, las especificidades nacionales, locales y hasta institucionales han de servir para potenciar las propias fuerzas, no para aislarse de la sociedad y el Estado.

Los signos del mercado son insuficientes para buscar sistemáticamente la calidad en el conocimiento. Las universidades tienen dinámicas institucionales propias. ¿Cómo se expresan las voces de los que no son ni el mercado ni las autoridades universitarias?

El mejoramiento de la calidad en la educación superior es un desafío para los argentinos, incluidos los universitarios.

---

## “ES NECESARIO RECUPERAR LA ÉTICA UNIVERSITARIA”

Saberes mercantilizados, intereses transnacionales, alumnos y docentes que migran. El especialista en educación superior Claudio Rama analiza los cambios que sufren las universidades.

Por Javier Lorca

**Los procesos de mercantilización y transnacionalización están transformando las universidades. Para Claudio Rama, uruguayo, doctorado en Ciencias de la Educación, el nuevo escenario configura una tercera reforma, después de aquella primera que –desde Córdoba en 1918– propició la autonomía, la gratuidad y el cogobierno y de una segunda que –desde mediados del siglo XX– comenzó a masificar la formación superior bajo un modelo dual de universidades públicas y privadas. En esta entrevista, el ex director del Iesalc-Unesco, autor del libro**

**La tercera reforma de la educación superior en América latina (Fondo de Cultura Económica), describe el nuevo fenómeno y reclama una recuperación ética de los principios universitarios.**

– ¿Cree que está agotado el modelo de universidad autónoma y cogobernada?

– La discusión por la autonomía tiene 800 años y va a seguir 800 más. Sobre la idea de autonomía del saber respecto de los poderes religiosos y de los Estados se fueron estructurando las universidades y se fueron conformando los marcos normativos. Hoy,

algunas características de la autonomía se están transformando y hay muchos elementos que no van a volver. La capacidad de la universidad de evaluar ella misma su calidad parecería que la sociedad ya no la acepta, prefiere organismos independientes de evaluación. El establecimiento de criterios de ingreso diferenciados genera muchas discusiones y en muchos países empiezan a establecerse parámetros nacionales para evitar desigualdades. También está cambiando la autonomía del financiamiento. Y algunos países discuten el modelo que reúne en un solo consejo académico atribuciones ejecutivas, legislativas y judiciales: es decir, la concepción de la reforma donde un mismo consejo decide la norma, la aplica y es tribunal de alzada ante un reclamo, un modelo que no tiene relación con el espíritu republicano de separación de poderes.

– ¿Las universidades están reproduciendo las desigualdades sociales?

– Sería imposible que las instituciones educativas por sí mismas pudieran revertir desigualdades económicas y culturales, de acceso a la tierra, de la propiedad de medios productivos. América latina es una sociedad desigual, dentro de un sistema mercantil que genera desigualdades a nivel mundial. No creo en la utopía de que la universidad pueda resolver esas desigualdades. Otro tema es si las incrementa. Los estudios han constatado que en casi todos los países, más allá de los sistemas de acceso, la distribución de los sectores sociales dentro de la universidad no representa a todos. En América latina, desde los '70, todos los estudios muestran que los sectores sociales que tienen mayor facilidad para ingresar son los que tienen un stock más alto de capital cultural y esto se relaciona con el acceso a la educación media. Los hijos de universitarios tienden a ser universitarios. Pero, como hay un proceso de masificación, se va reduciendo de algún modo esa inequidad.

– Pero esa masificación implica importantes diferencias de calidad entre las universidades.

– La mayor demanda de estudios universitarios, las desigualdades sociales, las restricciones presupuestarias y la diferenciación de mecanismos de ingreso han producido una notoria diversificación de los niveles de calidad en las universidades, dentro de un sistema que hasta las décadas del '60 y '70 mantenía un nivel homogéneo. Esa diferencia de calidad está asociada a circuitos sociales también diferenciados. O sea que una persona de bajos ingresos no logra ingresar a la educación superior y, si lo logra, ingresa en una institución de menor calidad, que luego le va a significar ingresos laborales menores.

– ¿Qué cambios supone “la tercera reforma de la educación superior”?

– La tercera fase se define por la internacionalización y por la injerencia estatal. A través de las agencias de evaluación de la calidad o de los ministerios, los Estados reducen la autonomía de la universidad pública y la libertad de mercado de la privada. Donde antes había dos actores institucionales, el público y el privado, ahora hay también actores internacionales. La matrícula de alumnos ya no está localizada nacionalmente. Cada vez más estudiantes se forman en la educación virtual, cada vez más alumnos migran, muchos directamente estudian para migrar. Cada vez más docentes se mueven en ambientes multiculturales, viajan para dar clases y conferencias, o son tutores a distancia. Vemos la creciente presencia de instituciones extranjeras en nuestros países, en forma presencial o virtual. Es una nueva realidad, la aparición de una educación sin fronteras, que marca una compleja situación y es una derivación del conocimiento global. Esto se da en el nivel de grado y, sobre todo, en el de posgrado. Hay 50 mil campos disciplinarios a nivel mundial, los países no pueden brindar esa cantidad de saberes y carreras. También los intereses dejan de ser nacionales. La destreza de un estudiante de Medicina africano que se va a dedicar al HIV, ¿le interesa sólo al Africa o a todo el mundo? ¿Y un veterinario en Asia, donde

hay fiebre aviar? En esta irrupción veo el pasaje de una educación de segunda generación, que sólo les compete a los Estados nacionales, a una educación que se vuelve un derecho de tercera generación y le interesa a la comunidad internacional. Sin duda sigue habiendo demandas, pertinencias y saberes locales, pero lo internacional empieza a ser dominante.

– ¿Cómo incide en este proceso la mercantilización educativa?

– Más allá de que los actores internacionales tengan un origen público o privado, actúan siempre mercantilmente. La Universidad de París I se instaló en Doha y ahí cobra matrícula: en París claro que no cobra. El proceso de internacionalización ocurre en el marco de un sistema capitalista con una enorme competencia por los saberes. Europa ha alertado sobre el drenaje hacia Estados Unidos de sus profesionales altamente calificados. Africa ha planteado que su sistema universitario debería tener financiamiento europeo, porque de cada cinco egresados del Africa subsahariana, cuatro se van a Europa. Hay problemas de pérdida de capital humano en muchos países. Es un

escenario complejo porque estamos en una etapa transicional, el exceso de suministro produce ofertas de baja calidad sin control. ¿Cómo garantizar la calidad si hay 50 mil disciplinas y la renovación de saberes se produce cada cuatro o cinco años?

– ¿Por qué reclama una recuperación de la ética universitaria?

– La mercantilización de los saberes pone en juego la ética. Tenemos falsificación de títulos, estudiantes que copian trabajos de Internet, profesores que inventan sus currículums... Es necesario recuperar la ética universitaria porque las banderas y los principios de la universidad se han ido deteriorando y hoy requieren un aggiornamento, una reetización. En algunos países, los hijos de los profesores tienen facilidades para ingresar a la universidad. En otros países, las remuneraciones de los rectores de universidades privadas son inmorales. Más allá de los valores que va introduciendo el mercado, la sociedad debe sostener a la universidad como una institución de referencia ética, donde se desarrollen enfoques y visiones no mediadas por intereses particulares.

## TEXTO PARA EJERCICIO 5

*Moledo, L. y M. Rudelli. (1996). Dioses y demonios en el átomo. De los rayos X a la bomba atómica. Buenos Aires: Sudamericana.*

### LA SOMBRA DE HIROSHIMA

En el mundo cotidiano, todo es cotidiano, aun las peores catástrofes tienen el disgusto de lo conocido: un dique que se rompe, un tren que descarrila, una carga de dinamita que estalla nos estremecen de horror, pero de horror humano. Nada de esto tiene que ver con lo que ocurre en el cosmos cuando las estrellas explotan o las galaxias colisionan.

Pero al estallar una bomba atómica, ocurre algo mucho más que humano: el fogonazo térmico, el flash térmico, la onda de presión... Un intenso estallido de radiación gamma y neutrones, que dura bastante menos que un segundo. Durante la explosión, el arma nuclear se vaporiza instantáneamente. Lo que era sólido y frío material se transforma en un gas más caliente que el núcleo del sol a millones de grados, que comienza a radiar hacia afuera su energía en forma de rayos X y calienta el aire de alrededor y forma una bola de fuego, de aire supercalentado que crece rápidamente y brilla tan intensamente debido a su propio calor, que en los primeros momentos es varias veces más brillante que el Sol.

Pero además de luz la esfera de fuego radia calor y a medida que la bola de fuego en expansión empuja el aire que la rodea, crea una onda de choque que produce un salto abrupto en la presión del aire y que se mueve hacia afuera a miles de kilómetros por hora, derribando a su paso todo lo que encuentra.

Esto es lo que pueden producir diez kilos de uranio convenientemente manipulado, y nada de esto se parece a lo cotidiano. ¿Cómo puede ser? ¿De dónde vienen seme-

jantes fuerzas y semejantes cantidades de energía?

La energía que se libera al estallar una bomba nuclear, es la que mantiene a los núcleos ligados sin que se desparramen.

O sea que la energía de origen nuclear que consumimos es el resultado de la que sostiene a los núcleos.

El núcleo es ridículamente chico: un millonésimo de millonésimo de milímetro; si un núcleo tuviera el tamaño de un chico de cinco años, éste mediría diez millones de millones de kilómetros de altura y llegaría hasta el confín del sistema solar.

Uno esperaría que las fuerzas que mantienen unido el núcleo fueran también pequeñas, pero no es así. Dos partículas del núcleo están unidas por la fuerza nuclear fuerte. Y la fuerza con que se atraen dos partículas en el núcleo es del orden de los trescientos kilos.

Esas fuerzas cotidianas que actúan en lo microscópico explican la violencia de las explosiones atómicas. Cuando mediante una bomba se lleva lo microscópico a lo cotidiano, las fuerzas cotidianas del núcleo crecen hasta hacerse astronómicas.

Pero si en el núcleo están encerradas semejantes cantidades de energía, éstas tuvieron que salir de algún lado. Si al soltarse liberan tanta energía, esa energía es la que debió usarse para empaquetados, y empaquetados debió haber sido una tarea de titanes.

Efectivamente, lo es: los núcleos de uranio -y todos los núcleos pesados- se producen en condiciones titánicas: en el centro de las estrellas y durante las enor-

mes explosiones con que algunas estrellas mueren.

### Allá lejos y hace tiempo

Durante la mayor parte de su vida útil, las estrellas mantienen un equilibrio bastante sensato entre el peso de su enorme masa, que trata de caer hacia el centro, y la energía radiante que consigue impedir esa caída. La lucha entre la presión hacia adentro y la energía que se emite hacia afuera es una lucha a muerte. El centro de la estrella funciona como un horno: fusionando núcleos de hidrógeno en núcleos de helio. Ésta es una reacción altamente energética que emite grandes cantidades de calor y permite a la estrella brillar y contrarrestar la presión gravitatoria que empuja toda la masa de la estrella hacia su centro. Las reacciones nucleares del centro fabrican helio a partir del hidrógeno, y alrededor del centro se va formando el resto de los elementos. Para fabricar la Tabla Periódica, hacen falta, pues, las enormes presiones y las reacciones nucleares de una estrella.

Pero aun estas reacciones nucleares son insuficientes para fabricar los elementos más pesados de todos.

Y es que en una estrella las cosas pueden funcionar aceptablemente bien durante millones o miles de millones de años, hasta el día fatal e inevitable en que el hidrógeno se acaba. Y ése es el principio del fin. Al terminarse el hidrógeno, la radiación liberada hacia afuera disminuye; la presión gravitatoria, ni lenta ni perezosa, empieza a ganar; el núcleo de la estrella se contrae y al contraerse, se calienta lo suficiente como para que empiece a fusionarse el helio, formando carbono. Pero el helio también se agota, y el esquema se repite: esta vez son los núcleos de carbono los que se fundirán para dar neón, oxígeno y silicio. Todos estos procesos de fusión liberan energía (aunque cada vez menos) y por lo tanto pueden contrarrestar cada vez menos la presión gravitatoria de la

enorme masa estelar. Llega un momento en que empieza a fusionarse el silicio en núcleos de hierro, y entonces empieza el último acto del drama estelar.

Y ése es ya el final, porque el hierro es muy estable, y ya no puede fundirse a su vez en elementos más pesados. La estrella no puede ir más allá, y las campanas empiezan a doblar por ella. Si es una estrella chica (como el Sol) se enfriará lentamente y quedará como una “enana blanca”, brillando pálidamente y sin pena ni gloria.

Si se trata de una estrella masiva, los sucesos se precipitan pues la fusión del silicio en hierro es muy rápida: en sólo un día hay un núcleo de hierro perfectamente formado.

Pero en el núcleo de hierro ya no se produce energía como para detener a la enorme masa de la estrella, y la catástrofe es imparable. Toda la materia se precipita hacia el centro, comprimiéndolo hasta densidades equiparables a las de un núcleo atómico: en este punto insoportable, la estrella hace un último intento por resistir. Lo consigue sólo por un microinstante en que el proceso se detiene, pero enseguida la materia cede, se comprime más allá de sus posibilidades, y luego rebota (como un pedazo de goma que uno comprime y luego vuelve a su posición inicial), generando una pavorosa explosión llamada supernova: el noventa por ciento del material que compone la estrella vuela por el espacio.

El estallido de la supernova es muy rápido: no dura más que un milésimo de segundo.

Y durante una supernova, en el medio de esas fantásticas presiones y temperaturas, y en medio del dramatismo del estallido y la muerte estelar, es cuando se produce el último elemento de la tabla periódica: el uranio.

La explosión lanza todos esos materiales al espacio donde servirán para formar nuevas generaciones de estrellas y eventualmente, planetas.

Hizo falta, pues, la energía de una supernova para empaquetar un núcleo de uranio: cuándo éste se fisiona, devuelve esa energía cósmica.

## TEXTOS PARA EJERCICIO 6

*Ni un pelo de tonto*

### **POR QUÉ EN 1905 ALBERT EINSTEIN INVENTÓ EL SIGLO XX.**

Por Leonardo Moledo

NOTA DE TAPA

#### EL CEREBRO MÁGICO

Es verdad: fue un alumno opaco, huyó de los nazis, habló en contra de la bomba atómica, patentó su mayor descubrimiento en una ecuación incónica ( $E=mc^2$ ), redefinió a Dios con un aforismo (“Dios no juega a los dados”), e impuso la figura del científico bonachón, pacifista y distraído. Pero, honestamente, a cien años de aquel 1905 en el que publicó la Teoría de la Relatividad que lo convirtió en quien fue: ¿sabe usted por qué Albert Einstein inventó el siglo XX?

*“Mi hijo se siente profundamente infelizmente con su actual situación de desempleo. Día a día crece en él la sensación de que su carrera va desencaminada.” Carta de Hermann Einstein, padre de Albert (1901)*

A fines del siglo XIX, Occidente en general se aproximaba lenta pero firmemente a una seria crisis política y cultural: la paz armada y la competencia capitalista entre las potencias europeas desembocarían en la guerra del ‘14 y el ascenso del socialismo y el movimiento obrero en las revoluciones rusas; la pintura se desprendía de la forma, enfilaba hacia el cubismo y, más allá, la abstracción; la música ensayaba disonancias; la literatura iniciaba el camino que la apartaría del naturalismo y desembocaría en el *fluir* de la conciencia de Proust, Woolf y Joyce; y las matemáticas sufrían los rigores de la teoría de conjuntos, que sacudirían la filosofía y que rematarían en el positivismo lógico.

La física, que en el siglo XIX se jactaba de poder explicar todo lo existente, por su

parte, estaba en un brete bastante serio. La triunfal teoría electromagnética de James Clark Maxwell había resucitado los viejos fantasmas del movimiento y el reposo absolutos, que Newton y su mecánica habían desterrado dos siglos atrás. La visión novecentista del mundo había llenado al universo vacío de Newton con éter, una dudosa y repugnante sustancia aristotélica, donde vibraban las ondas electromagnéticas, y que se encontraba en “reposo absoluto” en todo el universo.

Si el éter se encontraba en reposo absoluto, al moverse a través de este éter dormido, la Tierra recibiría una corriente –un viento de éter en contra– de la misma manera que un avión recibe una corriente de aire en sentido contrario a su movimiento. Y este viento de éter –sostenía la teoría– tendría que ser capaz de retrasar un rayo de luz. En 1881 y 1889, los físicos norteamericanos Michelson y Morley hicieron el experimento y no detectaron nada: ningún viento de éter, ningún retraso en el rayo de luz, ningún tipo de movimiento absoluto. La situación era, sin duda, grave: la teoría (electromagnética) predecía una cosa (que el rayo de luz se tenía que retrasar) y los experimentos daban un resultado contrario: la luz no se retrasaba un ápice. ¿Y entonces? Y entonces había que buscar una explicación que arreglara esta discrepancia.

Dos físicos, Lorentz y Fitzgerald, cada uno por su cuenta, sugirieron una solución. Era rara, pero era una solución. Imaginaron

que, con el movimiento, las distancias y el tiempo se modifican, y aceptando esas extrañas propiedades del tiempo y el espacio, y haciendo los cálculos apropiados, se entiende por qué el experimento de Michelson-Morley no reveló ningún retraso en el rayo de luz. Al moverse la Tierra respecto del éter, las distancias y los tiempos se modifican de tal manera que el rayo llega a la cita con puntualidad y sin registrar retraso alguno. Pero la explicación tenía un punto flojo: ¿por qué se van a contraer los cuerpos con el movimiento? ¡Si no hay ninguna razón para que lo hagan! En realidad, era una solución de compromiso, una transacción ad hoc, que dejaba a salvo el éter, el electromagnetismo, el rayo de luz que no se retrasaba y la predicción de que se retrasaba. Arreglaba las cosas, pero al costo de un dolor de cabeza. Por primera vez se habían tocado el espacio y el tiempo, esos dioses que reinaban desde la época de Newton, y que parecían intocables. Era chapucero, pero el daño estaba hecho.

### Pequeños milagros

No era el único frente de tormenta: hacia fines del siglo XIX, se había profundizado la investigación en el terreno del átomo; primero los rayos X y luego la radiactividad ofrecían avalanchas de datos sin una teoría comprensiva. En el año 1900, Max Plank había propuesto una explicación del fenómeno de la radiación del cuerpo negro (un problema heredado del siglo XIX) que contenía una hipótesis novedosa y sobre todo herética (cuyos alcances el mismo Plank estaba lejos de imaginar). Plank suponía que la energía era emitida de manera discreta, en paquetes, o cuantos de energía, es decir, rompiendo el baluarte de la continuidad que ostentaba hasta entonces el concepto de energía.

Eso, en 1900. En 1903, un muchacho que creía en el éter, y en la continuidad de la energía, empezó a trabajar como empleado en la oficina de patentes de Berna (Suiza). Tenía a la sazón 24 años y estaba terminan-

do su doctorado en Física. No había sido, hasta el momento, un estudiante especialmente destacado, pero que sin embargo fue, al decir de sus jefes, un buen empleado, que en los intersticios del trabajo se dedicó a reflexionar sobre aquellas cuestiones que preocupaban a los físicos: el éter, el movimiento absoluto, los cuantos de Plank. Así son las cosas.

Y ahí llegó el famoso *annus mirabilis* (año milagroso) de 1905. Milagroso para la física, para Einstein, para el mundo. Ese año curioso y extraño, mientras en Rusia se producía la primera revolución (que culminaría en 1917 y en la perestroika siete décadas más tarde) y el incidente del acorazado *Potemkin*, mientras nacían Greta Garbo y Osvaldo Pugliese y se fundaba Las Vegas, Albert Einstein, ascendido ya a perito de primera clase en la oficina de patentes, de 26 años de edad, publicó una seguidilla de cinco trabajos en la revista científica del momento, los *Annalen der Physik* (valga decir que, por esa época, si un científico quería ser por lo menos respetado debía saber más alemán que inglés). Cada uno de ellos apuntaba a una cuestión importante y la resolvía de una manera sorprendente y cada uno de esos tres trabajos le hubiera garantizado, por sí solo, un premio Nobel de Física.

El primero, en marzo (llamado *Sobre un punto de vista heurístico concerniente a la emisión y transformación de la luz*) se metía con los cuantos de Plank y lo extendía a la luz: Einstein sostenía que la luz, entonces representada y considerada una onda electromagnética, poseía también una naturaleza corpuscular y se comportaba como una lluvia de partículas (fotones, o cuantos de luz) y que su energía no estaba distribuida sino que se concentraba en paquetes o cuantos discretos, que se localizaban en el espacio y que podían ser absorbidos o generados solamente en paquetes. La teoría explicaba un problema que intrigaba a los físicos: el mecanismo por el cual la luz, al incidir sobre un metal, era capaz de arrancar electrones. Era una explicación del efecto

fotoeléctrico, que resistía desde hacía años. Sobre ese trabajo descansa toda la mecánica cuántica y toda la física atómica de la primera mitad del siglo XX, y fue este trabajo el que le valió el Premio Nobel que habría de recibir en 1921 (pese a lo que piensa mucha gente, Einstein no ganó el Nobel por su Teoría de la Relatividad).

En abril, terminó su ya retrasada tesis de doctorado (Una nueva determinación de las dimensiones de la molécula) demostrando que el tamaño de las moléculas en un líquido podía medirse por su viscosidad (es útil recordar que en 1905 aún se discutía sobre la existencia real o meramente ficcional de las moléculas y los átomos).

En mayo, el tercer trabajo (¿Depende la inercia de un cuerpo de su contenido energético?) atacaba uno de los problemas heredados del siglo XIX (el del movimiento browniano) y lo cerraba de una vez por todas, al encontrar una formulación matemática acabada.

Y en el cuarto, ese joven que había creído en el éter –pero que ya no creía más– se metía en el embrollo del movimiento absoluto, el electromagnetismo y sus derivados, el tiempo y las distancias cambiantes de Fitzgerald y Lorentz, y resolvía el problema, proponiendo una visión del mundo radicalmente distinta a la que había reinado hasta entonces. Le había puesto un título en apariencia abstruso: Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento, pero en la historia y la ciencia, quedaría con un nombre mucho más sonoro y elocuente: Teoría de la Relatividad.

El quinto trabajo no tuvo importancia, pero se le puede perdonar.

### **1905, paredón y después**

Salvo por un puñado de físicos, la Teoría de la Relatividad no fue aceptada de inmediato. Era demasiado audaz, demasiado imaginativa, rompía demasiado con conceptos bien establecidos, en especial con la sacralidad del tiempo y el espacio, esas intuiciones puras del entendimiento que Newton había

elevado al más alto sitio: el espacio inmóvil como marco general y escenario global dentro del cual suceden los fenómenos, y donde una distancia siempre es la misma distancia. Por otro lado, en ese espacio transcurría también un tiempo absoluto, matemático y universal; tanto el espacio como el tiempo eran entidades independientes de los fenómenos y resultaba inconcebible que las cosas fueran de otra manera. Es ahí donde la Teoría de la Relatividad introduce una ruptura metafísica: según Einstein, el espacio y el tiempo se amalgaman en algo distinto, el “espacio-tiempo”, que depende de los observadores: dos sucesos que son simultáneos para uno de ellos, puede no serlo para el otro, y lo mismo ocurre con las duraciones y longitudes: un segundo no necesariamente dura lo mismo para dos observadores diferentes. El reloj que da la hora para todo el universo ha dejado de existir. Situación que se agudizará en 1915 con la Teoría General de la Relatividad (básicamente una teoría de la gravitación), donde la geometría misma del espacio-tiempo depende de la estructura de los fenómenos, en especial de la distribución de la masa y la energía, capaz de curvar el espacio y hacer que el tiempo transcurra cada vez más despacio.

El lugar del absoluto, a partir de 1905, retrocede una vez más (como lo venía haciendo desde los tiempos de Copérnico) y se refugia en dos recovecos. Uno, la velocidad de la luz, que a diferencia de los segundos y los metros es exactamente la misma para todos los observadores, y segundo, la forma de las leyes de la naturaleza que también tienen exactamente la misma forma para todos los observadores.

Así, la Relatividad de 1905 no tenía correlato experimental posible (ya que los efectos relativistas sólo son medibles a velocidades muy altas), y no pasaba de ser una apuesta teórica (hoy la dilatación temporal ya se ha medido y comprobado experimentalmente en laboratorios y ciclotrones). Curiosamente fue la Teoría de la Relatividad General la que pasó la primera prueba empí-

rica en 1919, cuando durante un eclipse se pudo comprobar que la masa del Sol efectivamente curvaba los rayos de luz (es decir, curvaba las líneas rectas), y que el Sol no era un actor pasivo que actuaba dentro del espacio, sino que intervenía en la estructura del espacio-tiempo.

Pero hay algo más: las dos teorías, la especial y la general, le permitieron a Einstein imaginar un modelo global del universo: en

contraposición al cosmos newtoniano infinito y abierto, imaginó un universo finito y cerrado sobre sí mismo. Finalmente, la cosa no resultó ser así, pero fue la primera reformulación a fondo desde la revolución científica del siglo XVII.

Y todo empezó en 1905. Verdaderamente, se trató de un año milagroso. Como un mago, Einstein sacó de la galera al siglo XX.

---

## LA CIENCIA, ENTRE DIOS Y LA RAZÓN

En la presentación del libro *Tecnología en la vida cotidiana*, de Tomás Buch, se analizaron las consecuencias de la mitificación del conocimiento científico.

Por S.F.



Un nuevo demiurgo de las sociedades modernas suscita amores y odios tan pasionales que parecen irreconciliables. La omnipresencia de la tecnología provoca temores más o menos fundados, acaso porque las pautas de su complejo funcionamiento se escurren de la comodidad de las certezas. Tomás Buch, doctor en Química Física, escribió *Tecnología en la vida cotidiana* (publicado por Eudeba), para despejar muchos de los malentendidos que circulan por el imaginario social. “Para amplias capas de la población, la tecnología se ha transformado en un ente de características místicas. El hombre contemporáneo está frente a los milagros tecnológicos modernos en una postura similar a la del salvaje ante los fenómenos de la naturaleza: son fuerzas que no comprende y no controla y de cuya benevolencia depende”, señaló Buch durante la

presentación de su libro, acompañado por el escritor Guillermo Martínez y el editor del suplemento *Futuro de Página/12*, el escritor y periodista científico Leonardo Moledo.

“Existe una significativa confusión entre los fines y los medios, una de las características del capitalismo tardío –advirtió el autor–. La finalidad del capitalismo no es la resolución de problemas humanos sino el lucro. Si se tratase de remediar necesidades, estaríamos dándoles de comer a mil millones de hambrientos, y no gastando el dinero en armas de destrucción masiva.”

En opinión de Buch, cuando se habla de “la” tecnología se produce una mitificación, porque se la piensa como “una entidad con voluntad propia, una especie de deidad”. El libro, entonces, se propone desmontar las consecuencias de esta mitificación. “Quisiera darles ciertas armas para que se defiendan contra la demagogia tanto tecnofílica como tecnofóbica. Es interesante ver de qué manera el extremo tecnofílico engancha con ciertos movimientos de tinte romántico-fascista de los años ‘20. Y no está mal recordar que la Alemania nazi fue el primer país que estableció una legislación muy severa en cuanto al cuidado del medio ambiente, aunque al mismo tiempo consideraba a sectores enteros de su población

como objeto dañino y cuya destrucción era deseable.” Buch no es optimista ni pesimista. No predica ni denuncia. Simplemente muestra cómo la tecnología se introdujo de modo inexorable en la vida cotidiana de los individuos del siglo XXI. “Bacon puso el mandato del dominio de la naturaleza a nuestro servicio. Para él, habría una restricción moral que nos impediría hacer cosas indebidas, porque creía que la sociedad iba a tener la sensatez suficiente para morigerar el efecto que este dominio podría tener sobre la naturaleza”, añadió Buch.

“Estamos presenciando un viraje histórico de la cultura actual. De la idea de progreso, que nació en el siglo XVI con la revolución científica y el comienzo del capitalismo, estamos pasando a una idea de conservación. Las sociedades y las culturas se están volviendo conservadoras”, planteó Moledo. El editor de Futuro subrayó que la ciencia como concepto no encaja en una cultura conservadora. “Es muy difícil imaginarse un sistema científico que se proponga retroceder porque la ciencia incluye, dentro de sus presupuestos, la idea de que se puede saber cada vez más.” El vi-

raje cultural hacia la derecha, para Moledo, también afecta a la izquierda, que se está volviendo cada vez más conservadora. “Así como la Edad Media ponía su foco en la edad de oro perdida, la sociedad moderna lo hace en el futuro. Pero al mismo tiempo, se pasó del ataque a la resistencia. Ahora se habla de resistir a la globalización y no de atacar, como se hacía en la primera mitad del siglo XX, cuando el mundo se encaminaba hacia una opción de progreso y socialismo, que todos sabemos cómo terminó.” Al fin y al cabo, época de transición, quizá de desconciertos fluctuantes, Moledo sostuvo que durante las pausas históricas hay que dedicarse a pensar. “Por eso me parece que la filosofía tiene tanta fuerza en este momento. La ciencia siempre cree saber lo que hay que hacer. Hay una cesura natural entre esa reflexión y lo que la ciencia propone. ¿Dónde podemos reflexionar?”, se preguntó Moledo. “Tal vez la literatura y los libros sean el lugar de reflexión. Todo el mundo se queja de que no se lee, pero se están publicando más libros que nunca.”

<http://www.pagina12.com.ar/diario/espectaculos/6-34735-2004-04-30.html>

---

## **MASK/LA MÁSCARA (*The Mask*), EE.UU., 1994, dirigida por Charles Russell, con Jim Carrey, Cameron Díaz y el perrito Max.**

La historia de Mask es sencilla e historietística (de hecho, la película se basa en un comic): el hallazgo de un talismán de poderes mágicos -más precisamente una máscara antigua- dota a quien lo utilice de superpoderes, y éstos le permitirán llevar a cabo sus deseos. El viejo truco de la doble personalidad del superhéroe, en una palabra. Superman, Batman, el Avispón Verde y siguen las firmas. Si el esquema es el mismo para todos los superhéroes, lo que marca la diferencia son los deseos de cada uno: Superman quiere salvar al planeta a toda costa, y Batman, redimir un trauma de su infancia, por ejemplo. Stanley Ipkiss, pro-

tagonista de Mask, quiere dejar de ser un perdedor al que su jefe verduguea, su compañerita más fea deja pagando y una propietaria repelente trata como a una cucaracha. Ipkiss quiere pasar a ganador, quedarse con la más linda del baile, tener un supersport y vengarse de la manera más cruel posible de todos los que le hicieron la vida imposible. Ipkiss ve el mundo con los ojos de un comercial de TV, como puede notarse, y Mask comparte su punto de vista, como toda película de superhéroes. *The Mask*: el primer superhéroe con mentalidad de pequeño burgués. ¿Cómo simpatizar con un tipejo como éste?

Para peor, Chuck Russell, cuyo antecedente más “destacado” es haber dirigido la tercera parte de Pesadilla, parece no haberse dado cuenta de las diferencias entre *The Mask* y *Freddy*: la película, que se supone una comedia para adolescentes en plan “delirante”, es, en el mejor de los casos, rutinaria. En el peor, rezuma violencia innecesaria, transmitiendo una visión del mundo más bien repulsiva: el “héroe” goza aterrando a una pandillita callejera incapaz de matar a una mosca, y cuando se propone seducir a la chica, echa mano de una serie de procaçidades dignas de Jorge Corona. *The Mask* está llena de presuntos “chistes” que dan vergüenza ajena y un sentido del humor basado en eructos y pedos. *Pesadilla 7: Freddy visita Porky’s*. No sé si será por el desagrado generalizado, pero disfruté infinitamente menos de la música de lo que disfruté leyendo la nota sobre la banda de sonido escrita por Guillermo Pintos en el número anterior de *El Amante*. Es más, en lugar de leer esta nota, les recomiendo que lean ésta. Con respecto a los efectos especiales, que son sin

duda la vedette de la película, bueno, eso: sí, son la vedette de la película. Cualquiera que haya gozado hasta el delirio con los dibujos animados del genial Tex Avery o con los no menos extraordinarios de Chuck Jones para la Warner (*El correcamino*, por ejemplo) no podrá dejar de celebrar que un actor se convierta, como el velocípedo de la Warner, en un torbellino humano o en una vara de goma, o que ante un caliente número musical de la rubia Cameron Díaz su mandíbula se caiga, sus ojos se salgan de las órbitas y se convierta en un lobo aullador, reacción lógica por otra parte. Efectos especiales sorprendentes, sin duda, pero, como se ve, nada originales: se limitan a copiar lo que Avery y Jones inventaron hace casi medio siglo. El “factor humano” lo aporta Milo, el perrito del protagonista -homenaje a su homónimo de *Tintín*-, lo único noble, simpático y heroico de esta película fea en todo sentido.

Horacio Bernades

Revista *El amante cine*. Año 4, N° 34. Diciembre de 1994.

## TEXTO PARA EJERCICIO 9

Rodolfo Walsh

*Los oficios terrestres*, 1966

### ESA MUJER

El Coronel elogia mi puntualidad. -Es puntual como los alemanes -dice.

- O como los ingleses.

El Coronel tiene apellido alemán.

Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

- He leído sus cosas -propone-. Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común.

Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido.

El Coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.

Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla. Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya

no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra.

El Coronel sabe donde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Canton. Sonríe ante el Jongkind falso, el Figari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quien fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky.

Él bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

- Esos papeles -dice. Lo miro.

- Esa mujer, Coronel. Sonríe.

- Todo se encadena -filosofa.

A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El Coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

- La pusieron en el palier, creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

- ¿Mucho daño? -pregunto. Me importa un carajo.

- Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años-dice.

El Coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

- Contale vos, Negra.

**Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.**

- La pobre quedó muy afectada -explica el Coronel-. Pero a usted no le importa esto.

- ¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El Coronel se ríe.

- La fantasía popular -dice-. Vea como trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir.

Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

- Cuénteme cualquier chiste -dice-. Pienso. No se me ocurre.

- Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostraré que estaba inventando hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Qué se usó tras la derrota de Sedan, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

- ¿Y esto?

- La tumba de Tutankamon -dice el Coronel-. Lord Carnavon. Basura.

El Coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

- Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer.

- ¿Qué más? -dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

- Le pegó un tiro una madrugada.

- La confundió con un ladrón -sonríe el Coronel-. Esas cosas ocurren.

- Pero el capitán N...

- Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más el, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

- ¿Y usted, Coronel?

- Lo mío es distinto -dice-. Me la tienen jurada. Se para, da una vuelca alrededor de la mesa.

- Creen que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

- Me gustaría.

- Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar

bien con esos roñosos, pero si ante la historia, ¿comprende?

- Ojalá dependa de mí, Coronel.

- Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó. Dejó la bomba en el palier y salió corriendo.

Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

- Mire.

A la pastora le falta un bracito.

- Derby -dice-. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El Coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

- ¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

- Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto, y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió.

El Coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método.

- Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

- ¿Qué querían hacer?

- Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido. ¡Cuánta basura tiene que oír uno! Este país esta cubierto de basura, uno no sabe de donde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

- Todos, Coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

- Y orinarle encima.

- Pero sin remordimientos, Coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud! -digo levantando el vaso.

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan: azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El Coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

- Esa mujer -le oigo murmurar-. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.

El Coronel bebe. Es duro.

- Desnuda -dice-. Éramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y cuando la sacamos del ataúd -el Coronel se pasa la mano por la frente-, cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del Coronel es casi invisible. Solo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto más cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas. Y ahora el Coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie, y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

- Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta, más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el Coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

-... se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire -el Coronel se mira los nudillos-, que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

- No.

- Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor. Vuelve a servirse un whisky.

- Pero esa mujer estaba desnuda -dice, argumenta contra un invisible contradictor-. Tuve que taparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano.

Bruscamente se ríe.

- Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra.

Repite varias veces "Eso le demuestra", como un juguete mecánico, sin decir que es lo que eso me demuestra.

- Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese cómo se quedaron. Para ellos era una diosa, que se yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

- ¿Pobre gente?

- Si, pobre gente. -El Coronel lucha contra una escurridiza cólera interior.- Yo también soy argentino.

- Yo también, Coronel, yo también. Somos todos argentinos.

- Ah, bueno -dice.

- ¿La vieron así?

- Si, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del Coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más remota encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o que. Yo también me sirvo un whisky.

- Para mi no es nada -dice el Coronel-. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el '39. Yo era agregado militar, dese cuenta.

Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

- A mi no me podía sorprender. Pero ellos...

- ¿Se impresionaron?

- Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: "Maricón; esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina?. Acordate de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo". Después me agradeció.

Miro la calle. "Coca" dice el letrero, plata sobre rojo. "Cola" dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. "Beba."

- Beba -dice el Coronel. Bebo.

- ¿Me escucha?

- Lo escucho.

- Le cortamos un dedo.

- ¿Era necesario?

El Coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

- Tantito así. Para identificarla.

- ¿No sabían quien era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. "Beba."

- Sabíamos, si. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

- Comprendo.

- La impresión digital no agarra si el dedo esta muerto. Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.

- ¿Y?

- Era ella. Esa mujer era ella.

- ¿Muy cambiada?

- No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controló todo, hasta le sacó radiografías.

- ¿El profesor R.?

- Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral. En algún lugar de la casa suena, remota, entrecortada, una campanilla. No veo entrar a la mujer del Coronel, pero de pronto esta ahí, su voz amarga, incontestable:

- ¿Enciendo?

- No.

- Teléfono.

- Deciles que no estoy. Desaparece.

- Es para patearme -explica el Coronel-. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.

- Ganas de joder -digo alegremente.

- Cambié tres veces el número del teléfono. Pero siempre lo averiguan.

- ¿Qué le dicen?

- Que a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura.

Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.

- Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.

El Coronel está de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre él como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.

- La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban que era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.

Ya no sé donde esté el Coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.

- Llueve -dice su voz extraña.

Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.

- Llueve día por medio -dice el Coronel-. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.

Dónde, pienso, dónde.

- ¡Está parada! -grita el Coronel-. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

Entonces lo veo, en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el res-

plandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.

- No me haga caso -dice, se sienta-. Estoy borracho.

Y largamente llueve en su memoria. Me paro, le toco el hombro.

- ¿Eh? -dice-. ¿Eh? -dice.

Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.

- ¿La sacaron del país?

- Si.

- ¿La sacó usted?

- Si.

- ¿Cuántas personas saben?

- Dos.

- ¿El Viejo sabe? Se ríe.

- Cree que sabe.

- ¿Dónde? No contesta.

- Hay que escribirlo, publicarlo.

- Si. Algún día.

Parece cansado, remoto.

- ¡Ahora! -me exaspero-. ¿No le preocupa la historia?. Yo escribo la historia, y usted queda bien, bien para siempre, Coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

- Cuando llegue el momento..., usted será el primero...

- No, ya mismo. Piense. Paris Match. Life. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera. Se ríe.

- ¿Dónde, Coronel, dónde?

Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quien soy, que hago ahí.

Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades. Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente no moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del Coronel me alcanza como una revelación:

- Es mía -dice simplemente-. Esa mujer es mía.

## TEXTO PARA EJERCICIO 10

Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares

### LA FIESTA DEL MONSTRUO

*Nuevos cuentos de Bustos-Domecq*  
Buenos Aires, Emecé, 1977

Aquí empieza, su afición,

HILARIO ASCASUBI. La Refalosa.

-Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma, Yo, en mi condición de pie plano, y de propenso a que se me ataje el resuello por el pescuezo corto y la panza hipopótama tuve un serio oponente en la fatiga, máxime calculando que la noche antes yo pensaba acostarme con las gallinas, cosa de no quedar como un crosta en la performance del feriado. Mi plan era sume y reste: apersonarme a las veinte y treinta en el Comité; a las veintiuna caer como un soponcio en la cama jaula, para dar curso, con el Colt como un bulto bajo la almohada, al Gran Sueño del Siglo, y estar en pie al primer cacareo, cuando pasaran a recolectarme los del camión. Pero, decime una cosa ¿vos no crees que la suerte es como la lotería, que se encarniza favoreciendo a los otros? En el propio puentecito de tablas, frente a la caminera, casi aprendo a nadar en agua abombada con la sorpresa de correr al encuentro del amigo Diente de Leche, que es uno de esos puntos que uno encuentra de vez en cuando.

Ni bien le vi su cara de presupuestívoro, palpité que él también iba al Comité y, ya en tren de mandarnos un enfoque del panorama del día, entramos a hablar de la distribución de bufosos para el magno desfile y de un ruso, que ni llovido del cielo, que los abonaba como fierro viejo en Berazategui. Mientras formábamos en la cola pugnamos por decirnos al vesre que una vez en posesión del arma de fuego nos daríamos traslado a Berazategui, aunque a cada uno lo

portara el otro a babucha, y allí, luego de empastarnos el bajo vientre con escarola, en base al producido de las armas, sacaríamos, ante el asombro general del empleado de turno ¡dos boletos de vuelta para Tolosa! Pero fue como si habláramos en inglés, porque Diente no pescaba ni un chiquito, ni yo tampoco, y los compañeros de fila prestaban su servicio de intérprete, que casi me perforan el tímpano, y se pasaban el Faber cachuzo para anotar la dirección del ruso. Felizmente el señor Marforio, que es más flaco que la ranura de la máquina de monedita, es un antiguo de esos que mientras usted lo confunde con un montículo de caspa, está pulsando los más delicados resortes del alma del popolino, y así no es gracia que nos frenara en seco la manganeta, postergando la distribución para el día mismo del acto, con el pretexto de una demora del Departamento de Policía en la remesa de las armas. Antes de hora y media de plantón, en una cola que ni para comprar kerosene, recibimos de propios labios del señor Pizzurno, orden de despejar al trote, que la cumplimos con cada viva entusiasta que no alcanzaron a cortar enteramente los escobazos rabiosos de ese tullido que hace las veces de portero en el Comité.

A una distancia prudencial la barra se rehizo. Loíácomo se puso a hablar que ni la radio de la vecina. La vaina de esos cabezones con labia es que a uno le calientan el mate y después el tipo -vulgo, el abajo fir-

mante- no sabe para dónde agarrar y me lo tienen jugando al tresiete en el almacén de Bernárdez, que vos a lo mejor te amargas, con la ilusión que anduve de farra y la triste verdad fue que me pelaron hasta el último votacén, sin el consuelo de cantar la nápolá, tan siquiera una vuelta.

(Tranquila, Nelly, que el guardaguja ya se cansó de morfarte con la visual y ahora se retira, como un bacán, en la zorra. Dejele a tu Pato Donald que te dé otro pellizco en el cogotito).

Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. No contaba con ese contrincante que es el más sano patriotismo. No pensaba más que en el Monstruo y que al otro día lo vería sonreírse y hablar como el gran laborante argentino que es. Te prometo que vine tan excitado que al rato me estorbaba la cubija para respirar como un ballenato.

Reciencito a la hora de la perrera concilié el sueño, que resultó tan cansador como no dormir, aunque soñé primero con una tarde, cuando era pibe, que la finada mi madre me llevó a una quinta. Créeme, Nelly, que yo nunca había vuelto a pensar en esa tarde, pero en el sueño comprendí que era la más feliz de mi vida, y eso que no recuerdo nada sino un agua con hojas reflejadas y un perro muy blanco y muy manso que yo le acariciaba el Lomuto; por suerte salí de esas purretadas y soñé con los modernos temarios que están en el marcador: el Monstruo me había nombrado su mascota y, algo después, su Gran Perro Bonzo. Desperté, y para soñar tanto despropósito había dormido cinco minutos. Resolví cortar por lo sano: me di una friega con el trapo de 4ª cocina, guardé todos los callordas en el calzado Fray Mocho, me enredé que ni un pulpo entre las mangas y las piernas de la combinación –mameluco-, vestí la corbatita de lana con dibujos animados que vos me regalaste el Día del Colectivero y salí sudando grasa porque algún cascarudo habrá transitado por la vía pública y lo tomé por

el camión. A cada falsa alarma que pudiera, o no, tomarse por el camión, yo salía como taponazo al trote gimnástico, salvando las sesenta varas que hay desde el tercer patio a la puerta de calle. Con entusiasmo juvenil entonaba la marcha que es nuestra bandera, pero a las doce menos diez, vine afónico y ya no me tiraban con todo los magnates del primer patio. A las trece y veinte llegó el camión que se había adelantado a la hora y cuando los compañeros de cruzada tuvieron el alegrón de verme, que ni me había desayunado con el pan del loro de la señora encargada, todos votaban por dejarme, con el pretexto que viajaban en un camión carnice-ro y no en una grúa. Me les enganché como acoplado y me dijeron que si les prometía no dar a luz antes de llegar a Ezpeleta me portarían en mi condición de fardo, pero al fin se dejaron convencer y medio me izaron. Tomó furia como una golondrina el camión de la juventud y antes de media cuadra paró en seco frente del Comité. Salió un tape canoso, que era un gusto cómo nos baquetaba y, antes que nos pudieran facilitar, con toda consideración, el libro de quejas, ya estábamos traspirando en un brete, que ni si tuviéramos las nucas de queso Mascarpone. A bufoso por barba fue la distribución alfabética; compenétrate, Nelly; a cada revólver le tocaba uno de nosotros.

Sin el mínimo margen prudencial para hacer cola frente al *Caballeros*, o tan siquiera para someter a la subasta un arma en buen uso, nos guardaba el tape en el camión del que ya no nos evadiríamos sin una tarjetita de recomendación para el camionero.

A la espera de la voz de ¡aura y se fue! nos tuvieron hora y media al rayo del sol, a la vista, por suerte de nuestra querida Tolosa, que en cuanto el botón salía a correrlos, los pibes nos tenían a hondazo limpio, como si en cada uno de nosotros apreciaran menos el patriota desinteresado que el pajarito para la polenta. Al promediar la primera hora, reinaba en el camión esa tirantez que es la base de toda reunión social pero después la merza me puso de buen humor con la pre-

gunta si me había anotado para el concurso de la Reina Victoria, una indirecta, vos sabes, a esta panza bombo, que siempre dicen que tendría que ser de vidrio para que yo me divisara, aunque sea un poquito, los basamentos horma 44. Yo estaba tan afónico que parecía adornado con el bozal, pero a la hora y minutos de tragar tierra medio recuperé esta lengüita de Campana<sup>1</sup> y, hombro a hombro con los compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despachaba a todo pulmón la marchita *del Monstruo*, y ensayé hasta medio berrido que más bien salió francamente un hipo, que si no abro, el paragüita, que dejé en casa, ando en canoa en cada salivazo que usted me confunde con Vito Durnas, el Navegante Solitario. Por fin, arrancamos, y entonces sí que corrió el aire, que era como tomarse el baño en la olla de la sopa, y uno almorzaba un sangüiche de chorizo, otro su arrolladito de salame, otro su panetún, otro su media botella de Vascolet y el de más allá la milanesa fría, pero más bien todo eso vino a suceder otra vuelta, cuando fuimos a la Ensenada, pero como yo no concurrí, más gano si no hablo. No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo, porque hasta el más abúlico oye las emisiones en cadena, quieras que no. Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur y nos precipitábamos al encuentro de nuestros hermanos gemelos, que en camiones idénticos procedían de Fiorito y de Villa Dominico, de Ciudadela, de Villa Luro, de La Paternal, aunque por Villa Crespo pulula el ruso y yo digo que más vale la pena acusar su domicilio legal en Tolosa Norte.

¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly! En cada foco de población muerto de hambre se nos quería colar una verdadera avalancha que la tenía emberretinada el más puro idealismo, pero el capo de nuestra carrada, Garfunkel, sabía repeler como corresponde a ese farabutaje sin abuela, máxime si te metes en el coco que entre tanto mascalzone patentado bien se podía emboscar un

quintacolumna como luz, de esos que antes que usted de a la vuelta del mundo en ochenta días me lo convencen que es un crosta y el Monstruo un instrumento de la Compañía del Teléfono. No te digo niente de más de un cagastume que se acogía a esas purgas para darse de baja en el confusionismo y repatriarse a casita lo más liviano; pero embrómate y confesa que de dos chichipíos el uno nace descalzo y el otro con patín de munición, porque vuelta que yo creía descolgarme del carro era patada del señor Garfunkel que me restituía al seno de los valientes. En las primeras etapas los locales nos recibían con entusiasmo francamente contagioso, pero el señor Garfunkel, que no es de los que cortan la piojosa de puro adorno, le tenía prohibido al camionero sujetar la velocidad, no fuera algún avivato a ensayar la fuga relámpago.

Otro gallo nos cantó en Quilmes, donde el crostaje obtuvo permiso para desentumecer los callos plántales, pero ¿quién, tan lejos del pago iba a desapartarse del grupo? Hasta ese momentazo, dijera el propio Zioppi o su mama, todo marchó como un dibujo, pero el nerviosismo cundió entre la merza fresca cuando el trompa, vulgo Garfunkel que le dicen, nos puso blandos al tacto con la imposición de deponer en cada paredón el nombre del Monstruo, para ganar de nuevo el vehículo, a velocidad de purgante, no fuera algún cabreira a cabrearse y a venir calveira pegándonos. Cuando sonó la hora de la prueba empuñé el bufoso y bajé resuelto a todo, Nelly, anche a venderlo por menos de tres pessolanos. Pero ni un solo cliente asomó el hocico y me di el gusto de garabatear en la tapia unas letras frangollo, que si invierto un minuto más, el camión me da el esquinazo y se lo traga el horizonte rumbo al civismo, a la aglomeración, a la fraternanza, a la fiesta del Monstruo. Como para aglomeración estaba el camión cuando volví hecho un queso con camiseta, con la lengua de afuera. Se había sentado en la retranca y estaba tan quieto que sólo le faltaba el marco artístico para ser una foto. A Dios

gracias formaba entre los nuestros el ganguoso Tabacman, más conocido por Tornillo Sin Fin, que es el empedernido de la mecánica, y a la media hora de buscarle el motor y de lomarse toda la Bilz de mi segundo estómago de camello, que así yo pugno que le digan siempre a mi cantimplora, se mandó con toda franqueza su “a mí que me registren”, porque el Fargo a las claras le resultaba una firma ilegible.

Bien me parece tener leído en alguno de esos quioscos fetentes que no hay mal que por bien no venga, y así Tata Dios nos facilitó una bicicleta olvidada en contra de una quinta de verdura, que a mi ver el bicicletista estaba en proceso de recauchutaje, porque no asomó la fosa nasal cuando el propio Garfunkel le calentó el asiento con la culata. De ahí arrancó como si hubiera olido todo un cuadrado de escarola, que más bien parecía que el propio Zoppi o su mamá le hubiera munido el upite de un petardo Fu-Man-Chú. No faltó quien se aflojara la faja para sonreírse al verlo pedalear tan garufiento, pero a las cuatro cuerdas de pisarles los talones lo perdieron de vista, causa que el peatón aunque se habilite las manos con el calzado Pecus, no suele mantener su laurel de invicto frente a don Bicicleta. El entusiasmo de la conciencia en marcha hizo que en menos tiempo del que vos, gordeta, invertís en dejar el mostrador sin factura, el hombre se despistara en el horizonte, para mí que rumbo a la cucha, a Tolosa.

Tu chanchito te va a ser confidencial, Nelly: quien más quien menos ya pedaleaba con la comezón del Gran Spiantujen, pero, como yo no dejo siempre de recalcar en las horas que el luchador viene enervado y se aglomeran los más negros pronósticos, despunta el delantero fenómeno que marca *goal*; para la patria, el Monstruo; para nuestra merza en franca descomposición, el camionero. Ese patriota que le sacó el sombrero se corrió como patinada y paró en seco al más avivato del grupo en fuga. Le aplicó súbito un mensaje que al día siguiente, por los chichones, todos me confundían

con la yegua tubiana del panadero. Desde el suelo me mandé cada hurra que los vecinos se incrustaban el pulgar en el tímpano. De mientras, el camionero nos puso en fila india a los patriotas, que si alguno quería despartarse, el de atrás tenía carta blanca para atribuirle cada patada en el culantro que todavía me duele sentarme. Calcúlate, Nelly, qué tarro el del último de la fila ¡nadie le shoteaba la retaguardia! Era, cuando no, el camionero, que nos arrió como a concentración de pie planos hasta una zona, que no trepido en caracterizar como de la órbita de Don Bosco, vale, de Wilde. Ahí la casualidad quiso que el destino nos pusiera al alcance de un ónibus rumbo al descanso de hacienda de La Negra, que ni llovido por Baigorri. El camionero, que se lo tenía bien remanyado al guarda-conductor, causa de haber sido los dos -en los tiempos heroicos del Zoológico Popular de Villa Dominicomitades de un mismo camello, le suplicó a ese catalán de que nos portara. Antes que se pudiera mandar su Suba Zubizarreta de práctica, ya todos engrosamos el contingente de los que llenábamos el vehículo, riendonos hasta enseñar las vegetaciones, del puntaje senza potencia, que, por razón de quedar cola, no alcanzó a incrustarse en el vehículo, quedando como quien dice, “vía libre” para volver, sin tanta mala sangre, a Tolosa. Te exagero, Nelly, que íbamos como en ónibus, que sudábamos propio como sardinas, que sí vos te mandas el vistazo, el *Señoras* de Berazategui te viene chico. ¡Las historietas de regular interés que se dieron curso! No te digo niente de la olorosa que cantó por lo bajo el tano Potasman, a la misma vista de Sarandí y desde aquí lo aplaudo como un cuadrumano a Tornillo Sin Fin -que en buena ley se vino a ganar su medallón de Vero Desopilante, obligándome bajo amenaza de tincazo en los quimbos, a abrir la boca y cerrar los ojos: broma que aprovechó sin un desmayo para enllenarme las entremuelas con la pelusa y los demás producidos de los fundillos. Pero hasta las perdices cansan y cuando ya no sabíamos

lo que hacer, un veterano me pasó la cortaplumita y la empuñamos todos a uno para más bien dejar como colador el cuero de los asientos. Para despistar, todos nos reíamos de mí; en después no faltó uno de esos vivancos que saltan como pulgas y vienen incrustados en el asfáltico, cosa de evacuarse del carromato antes que el guardaconductor sorprendiera los desperfectos. El primero que aterrizó fue Simón Tabacman, que quedó propio ñato con el culazo; muy luego, Fideo Zoppi o su mama; por último, aunque reviente de la rabia, Rabasco; acto continuo, Spáto-la; doppo, el vasco Speciale. En el itinerinato, Morpurgo se prestó, por lo bajo, al gran rejunte de papeles y bolsas de papel, idea fija de acopiar elemento para una fogarata en forma, que hiciera pasto de las llamas al Broackway, propósito de escamotear a un severo examen la marca que dejó la cortaplumita. Pirosanto, que es un gangoso sin abuela, de esos que en el bolsillo portan menos pelusa que fósforos, se dispersó en el primer viraje, para evitar el préstamo de Rancherita, no sin comprometer la fuga, eso sí, con un cigarrillo Volcán, que me sonsacó de la boca. Yo, sin ánimo de ostentación y para darme un poco de corte, estaba ya frunciendo la jeta para debatir la primera pitada cuando el Pirosanto, de un saqué, capturó el cigarrillo, y Morpurgo, como quien me dora la píldora, acogió el fósforo que ya me doraba los sabañones y metió fuego al papelamen. Sin tan siquiera sacarse el rancho, el funyi o la galera, Morpurgo se largó a la calle, pero yo, panza y todo, lo madrugué y me tiré un rato antes, y así pude brindarle un colchón, que amortiguó el impacto y cuasi me desfonda la busarda con los noventa kilos que acusa. Sandié, cuando me descalcé de esta boca los tamanguses hasta la rodilla de Manolo M. Morpurgo, l'ónibus ardía en el horizonte, mismo como el spiedo del Perosio, y el guarda-conductor-propietario lloraba dele que dele ese capital que se le volvía humo negro. La barra, siendo más, se reía, pronta, lo juro por el Monstruo, a darse a la fuga, si se irritaba el ciervo. Tornillo,

que es el bufo tamaño mole, se le ocurrió un chiste que al escucharlo vos con la boca abierta, vendrás de gelatina con la risa. Attenti. Nelly. Desemporcate las orejas, que ahí va. Uno-, dos, tres, y PUM. Dijo -pero no te me vuelvas a distraer con el spian-tacaca que le guiñas el ojo- que el ónibus ardía mismo como el spiedo del Perosio. Ja, ja, ja.

Yo estaba lo más campante, pero la procesión iba por dentro. Vos, que cada parola que me se cae de los molares, la grabas en los sesos con el formón, tal vez hagas memoria del camionero, que fue medio camello con el del ónibus. Si me entendés, la fija que ese cachascán se mandaría cada alianza con el lacrimógeno para punir nuestra fea conducta estaba en la cabeza de los más linceces. Pero no temas por tu conejito querido; el camionero se mandó un enfoque sereno y adivinó que el otro, sin ónibus, ya no era un oligarca que vale la pena romperse todo. Se sonrió como el gran bonachón que es; repartió, para mantener la disciplina, algún rodillazo amistoso (aquí tenes el diente que me saltó y se lo compré después para recuerdo) y ¡cierren filas y paso redoblado: mar! ¡Lo que es la adhesión! La gallarda columna se infiltraba en las lagunas anegadizas, cuando no en las montañas de basura, que acusan el acceso a la Capital, sin más defección que una tercera parte, *grosso modo*, del aglutinado inicial que -zarpó de Tolosa. Algún inveterado se había propasado a medio encender su cigarrillo Salutaris, claro está, Nelly, que con el vistobueno del camionero. Qué cuadro para ponerlo en colores: portaba el estandarte, Spátola, con la camiseta de toda confianza sobre la demás ropa de lana; lo seguían de a cuatro en fondo, Tornillo, etc.

Serían recién las diecinueve de la tarde cuando al fin llegamos a la Avenida Mitre. Morpurgo se rió todo de pensar que ya estábamos en Avellaneda. También se reían los bacanes, que a riesgo de caer de los balcones, vehículos y demás bañaderas, se reían de vernos de a pie, sin el menor rodado. Felizmente Babuglia en todo piensa y en

la otra banda del Riachuelo se estaban herrumbrando unos camiones de nacionalidad canadiense, que el Instituto, siempre attenti adquirió en calidad de rompecabezas en la Sección Demoliciones del ejército americano. Trepamos como el mono a uno caki y entonando el “*Adiós, que me voy llorando?*” esperamos que un loco del Ente Autónomo, fiscalizado por Tornillo Sin Fin, activara la instalación del motor. Suerte que Rabasco, a pesar de esa cara de fundillo, tenía cuña con un guardia del Monopolio y, previo pago de boletos, completamos un bondi eléctrico, que metía más ruido que un solo gaita. El bondi -talán, talán- agarró p’al Centro; iba superbo como una madre joven que, sotto la mirada del babo, porta en la panza las modernas “generaciones que mañana reclamarán su lugar en las grandes meriendas de la vida... En su seno, con un tobillo en el estribo y otro sin domicilio legal, iba tu payaso querido, iba yo. Dijera un observador que el bondi cantaba; hendía el aire, impulsado por el canto; los cantores éramos nosotros. Poco antes de la calle Belgrano la velocidad paró en seco desde unos veinticuatro minutos; yo traspiraba para comprender y anche por la gran turba como hormiga de más y más automotores, que no dejaba que nuestro medio de locomoción diera materialmente un paso.

El camionero rechinó con la consigna “¡Abajo, chichipíos!” y ya nos bajamos en el cruce de Tacuarí y Belgrano.

A las dos o tres cuadras de caminarla, se planteó sobre tablas la interrogante: el garguero estaba reseco y pedía líquido. El Emporio y Despacho de Bebidas Puga y Gallach ofrecía un principio de solución. Pero, te quiero ver, escopeta: ¿cómo abonábamos? En ese vericuetto, el camionero se nos vino a manifestar como todo un expeditivo.

A la vista y paciencia de un perro dogo, que terminó por verlo al revés, me tiró cada zancadilla delante de la merza hilarante, que me encasqueté una rejilla como sombrero hasta el nasute, y del chaleco se rodó la chirola que yo había rejuntado para no hacer

tan triste papel cuando cundiera el carrito de la ricotta. La chirola engrosó la bolsa común y el camionero, satisfecho mi asunto, pasó a atender a Souza, que es la mano derecha de Gouvea, el de los Pegotes Pereyra -sabes- que vez pasada se impusieron también como la Tapioca Científica. Souza, que vive para el Pegote, es cobrador del mismo, y así, no es gracia que dado vuelta pusiera en circulación tantos biglietes de hasta cero cincuenta que no habrá visto tantos juntos ni el Loco Calcamonía, que marchó preso cuando aplicaba la pintura mondongo a su primer bigliete. Los de Souza, por lo demás, no eran falsos y abonaron contantes y sonantes el importe neto de las Chissottis, que salimos como el que puso seca la marmajuana. Bo, cuando cacha la guitarra, se cree Gardel<sup>2</sup>. Es más, se cree Gotuso<sup>2</sup>. Es más, se cree Garófalo<sup>2</sup>. Es más, se cree Giganti-Tomassoni<sup>2</sup>. Guitarra, propio no había en ese local, pero a Bo le dio con “*Adiós Pampa mía*” y todos lo coreamos y la columna juvenil era un solo grito. Cada uno, malgrado su corta edad, cantaba lo que le pedía el cuerpo, hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba. A ese le perdonamos la vida, pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil.

Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros, bajo el brazo y de estudio. Se registró como un distraído, que cuasi se llevaba por delante a nuestro abanderado, el Spátola. Bonfirraro, que es el chinche de los detalles, dijo que él no iba a tolerar que un impune desacatara el estandarte y foto del Monstruo. Ahí no más lo chumbó al Nene Tonelada, de apelativo Cagnazzo, para que procediera. Tonelada, que siempre es el mismo, me soltó cada oreja, que la tenía enrollada como el cartucho de los manices y, cosa de caerle simpático a Bonfirraro, le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara a la figura del Monstruo. El otro contestó

con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con una mano que si el carnicero la ve, se acabó la escasez de la carnasa y del bife chorizo. Lo rempujó a un terreno baldío, de esos que en el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared senza finestra ni ventana. De mientras, los traseros nos pressionaban con la comezón de observar y los de fila cero quedamos como sánguiche de salame entre esos locos que pugnaban por una visión panorámica y el pobre quimico-intas acorralado que, vaya usted a saber, se irritaba. Tonelada, atento al peligro, reculó para atrás y todos nos abrimos como abanico dejando al descubierto una cancha del tamaño de un semicírculo, pero sin orificio de salida, porque de muro a muro estaba la merza. Todos bramábamos como el pabellón de los osos- y nos rechinaban los dientes, pero el camionero, que no se le escapa un pelo en la sopa, palpité que más o menos de uno se estaba por mandar *in mente* su plan de evasión. Chiflido va, chiflido viene, nos puso sobre la pista de un montón aparente de cascote, que se brindaba al observador. Te recordarás que esa tarde el termómetro marcaba una temperatura de sopa y no me vas a discutir que un porcentaje nos sacamos el saco. Lo pusimos de guardarropa al pibe Saulino, que así no pudo participar en el apedreo. El primer cascotazo lo acertó, de puro tarro, Tabacman, y le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Monserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. Luego Morpurgo, para que los muchachos se rie-

ran, me hizo clavar la cortaplumita en lo que hacía las veces de cara.

Después del ejercicio que acalora me puse el saco, maniobra de evitar un resfrío, que por la parte baja te representa cero treinta en Genioles. El pescuezo lo añadé en la bufanda que vos zurciste con tus dedos de hada y acondicioné las orejas sotto el chambergolino, pero la gran sorpresa del día la vino a detentar Pirosanto, con la ponenda de meterle fuego al rejunta piedras, previa realización en remate de anteojos y vestuario. El remate no fue suceso. Los anteojos andaban misturados con la viscosidad de los ojos y el ambo era un engrudo con la sangre. También los libros resultaron un clavo, por saturación de restos orgánicos. La suerte fue que el camionero (que resultó ser Graffiácane), pudo rescatarse su reloj del sistema Roskopf sobre diecisiete rubíes, y Bonfirraro se encargó de una cartera Fabricant, con hasta nueve pesos con veinte y una instantánea de una señorita profesora de piano, y el otario Rabasco se tuvo que contentar con un estuche Bausch, para lentes, y la lapicera fuente Plumex, para no decir nada del anillo de la antigua casa Poplavsky.

Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. Banderas de Boitano que tremolan, toques de clarín que vigoran, doquier la masa popular, formidavel. En la Plaza de Mayo nos arengó la gran descarga eléctrica que se firma doctor Marcelo N. Frogman. Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se trasmite en cadena.

*Pujato, 24 de noviembre de 1947.*

<sup>1</sup> Mientras nos reponíamos con ensaimadas, Nelly me manifestó\* que en ese momento el pobre mufo sacó la lengua de referencia. (Nota donada por el joven Rabasco).

\* *A mí me lo dijo antes.* (Nota suplementaria de Nano Battafuoco, peón de la Dirección de Limpieza)

<sup>2</sup> El cantor más conocido de aquella temporada.

## TEXTOS PARA INFORME

### EL LIBRO

Por Jorge Luis Borges\*



De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono, de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: es una extensión de la memoria y de la imaginación.

En César y Cleopatra de Shaw, cuando se habla de la biblioteca de Alejandría, se dice que es la memoria de la humanidad. Eso es el libro y es algo más: la imaginación. Porque, ¿qué es nuestro pasado sino una serie de sueños? ¿Qué diferencia puede haber entre recordar sueños y recordar el pasado? Esa es la función que realiza el libro. Los antiguos no profesaban nuestro culto del libro-cosa; veían en el libro un sucedáneo de la palabra oral. Aquella frase que se cita siempre *Scripta maner verba volat*, no significa que la palabra oral sea efímera, sino que la palabra escrita es algo duradero y muerto. En cambio, la palabra oral tiene algo de alado, de liviano; alado y sagrado, como dijo Platón. Todos los grandes maestros de la humanidad han sido maestros orales. La antigüedad clásica no tuvo nuestro respeto del libro, aunque sabemos que Alejandro de Macedonia tenía bajo su almohada la *Iliada* y la espada, esas dos armas. Había gran respeto por Homero, pero no se lo consideraba un escritor sagrado en el sentido que hoy le damos a la palabra. En la antigüedad hay algo que nos cuesta entender, que no se parece a nuestro culto del libro.

Se ve siempre en el libro a un sucedáneo de la palabra oral, pero luego llega del Oriente un concepto nuevo: el del libro sagrado. Por ejemplo, los musulmanes piensan que el Corán es anterior a la reacción, a la lengua árabe; es uno de los atributos de Dios, no una obra de Dios; es como su misericordia o su justicia. En el Corán se habla en forma asaz misteriosa de la madre del libro: un ejemplar del Corán escrito en el cielo.

A Bernard Shaw le preguntaron si creía que el Espíritu Santo había escrito la Biblia. Y contestó: Todo libro que vale la pena de ser releído ha sido escrito por el Espíritu". Es decir, un libro tiene que ir más allá de la intención de su autor. La intención del autor es una pobre cosa humana, falible, pero en el libro tiene que haber más.

Canta, musa, la cólera de Aquiles, dice Homero al principio de la *Iliada*. Ahí, la musa corresponde a la inspiración. En cambio, si se piensa en el Espíritu, se piensa en algo más concreto y más fuerte: Dios, que condesciende a la literatura. Dios que escribe un libro.

Es curioso que los países hayan elegido individuos que no se parecen demasiado a ellos. Uno piensa, por ejemplo, que Inglaterra hubiera elegido al Dr. Johnson como representante; pero no, ha elegido a Shakespeare, y Shakespeare es el menos inglés de los escritores ingleses.

España podría haber sido representada por Lope, por Calderón, por Quevedo. Pues no, está representada por Miguel de Cervantes. Cervantes es un hombre contemporáneo de la Inquisición, pero es tolerante, es un hombre que no tiene ni las virtudes ni los vicios españoles.

Es como si cada país pensara que tiene que ser representado por alguien distinto, que puede ser una suerte de remedio, de triaca, de contraveneno de sus defectos.

Yo diría que la literatura es una forma de la alegría.

Si leemos algo con dificultad, el autor ha fracasado. Un libro no debe requerir un esfuerzo, la felicidad no debe requerir un esfuerzo.

Le debemos tanto a las letras. Yo tengo ese culto del libro. Yo sigo jugando a no ser ciego, sigo llenando mi casa de libros. Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad.



Tomar un libro y abrirlo guarda la posibilidad del hecho estético. ¿Qué son las palabras acostadas en un libro? ¿Qué son esos símbolos muertos? Nada. ¿Qué es un libro si no lo abri-

mos? Es simplemente un cubo de papel y cuero, con hojas; pero si lo leemos ocurre algo raro, creo que cambia cada vez.

Cada vez que leemos un libro, el libro ha cambiado, la connotación de las palabras es otra.

Además, los libros están cargados de pasado.

Si leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el tiempo que ha transcurrido desde el día en que fue escrito y nosotros. Por eso conviene mantener el culto del libro. El libro puede estar lleno de erratas, podemos no estar de acuerdo con las opiniones del autor, pero todavía conserva algo sagrado, divino, no con respeto supersticioso, pero sí con el deseo de encontrar felicidad, de encontrar sabiduría.

\* Extractos de una conferencia pronunciada por Jorge Luis Borges en la Universidad de Belgrano el 24 de mayo de 1978, publicada al año siguiente en el libro *Borges oral*, Emecé Editores / Editorial de Belgrano, Buenos Aires.

Verano12 | Viernes, 16 de Enero de 2009

## EL LIBRO POR CARPENTIER

Por Alejo Carpentier

### ELOGIO Y REIVINDICACION DEL LIBRO



aficionado a ponerlo todo en entredicho, ha

El hombre, con su infinito ingenio, con su infinito poder de construcción y de destrucción, con su posición crítica eternamente despierta, inconforme,

empezado a preguntarse, de pocos años a esta parte, si el libro (¿por qué no observa su asombrosa proliferación en el mundo?... ) no es un instrumento de difusión de la cultura ya ineficiente y llamado a ser sustituido por medios de información más directos, más conformes a sus posibilidades significantes, más completos y multiperceptivos, ya que éstos asocian lo auditivo con lo visual, la música con la imagen y la palabra, con una insuperable rapidez de análisis de un caso, de un hecho, de un conflicto, que la letra

impresa en tomo, en volumen, no podría alcanzar en cuanto a “inmediata actualización de su transcurso”.

De ahí las perturbadoras y arbitrarias teorías favorecedoras de la tesis según la cual más poder tienen, culturalmente, el cine, la radio, el periodismo, la televisión, que más parecen hablarnos, informarnos, inquietarnos, en cincuenta minutos, una hora, una hora y media, que el libro, la novela, el ensayo que, nacidos de seis, siete años de trabajo, nos imponen –en el tiempo que nos dejan nuestras ocupaciones cotidianas, nuestro panganar– una lectura y meditación de varios días. “Voire”, como hubiese dicho Panurgo, lanzando sus borregos al inmenso mar de las hipótesis.

Los censores austeros, sin embargo, adoptan una posición distinta, criticando aficiones de este siglo que consideran, con sorprendente ignorancia, como novedades, fenómenos, manifestaciones típicas del mal espíritu de la época que nos ha tocado vivir. Y, para comenzar por lo más sencillo para llegar a cuestiones mucho más complejas, consideremos las lamentaciones, los anatemas, lanzados por los miembros del Santo Oficio de una suerte de cultura, contra los “muñequitos” (así los llamamos en muchos países de nuestra América llamada Latina), las “tiras cómicas” a que tanto se han aficionado nuestros niños, y a que tanto nos hemos aficionado nosotros mismos, en muchos casos –personas mayores– sin niños, en estos últimos años. Pruebas se nos buscan, en esta boga de las tiras cómicas, de que las generaciones nuevas se están apartando de la lectura.

Pero demasiado olvidan quienes así razonan que las tiras cómicas –o sea, la narración de hechos, de acciones, mediante la sucesión de imágenes, precursora del cinematógrafo– se hallan ya perfectamente realizadas en técnica y espíritu en los códices mexicanos referentes a la Conquista, que nos cuentan, por medio de escenas y figuras colocadas en su orden (por ellos sabemos cómo se vestía la Malinche, cómo se trajea-

ba Hernán Cortés), hechos históricos que determinaron el ocaso del imperio de los aztecas. ¿Y qué es la hermosa y larguísima Tapicería de Bayeux, sino una narración de la conquista de Inglaterra por los normandos, mediante una técnica que es ya la de las tiras cómicas?...

El genial humorista suizo Töpffer inaugura en el siglo pasado con su Doctor Festus (1840) la tira cómica tal como hoy la entendemos. Todos los especialistas en la materia lo proclaman iniciador y maestro en el género. En 1889-1893, el francés Christophe, con su clásica Famille Fenouillard, prosigue el camino de Töpffer, sin olvidar la serie de Le Sapeur Camember (1890-1896), desde entonces famosa. Cuando yo era niño, antes de la Primera Guerra Mundial, existían en París, gozando de enormes tiradas, unos periódicos infantiles titulados Le Petit Illustré, Cri-Cri, L’Intrépide, La Semaine de Suzette (creador del personaje clásico de Bécassine), L’Epatan –con las inolvidables aventuras de los Pieds Nickelés de Forton (1908) que, con el tiempo entraron en el panteón de su propia gloria–.

En los mismos años, los niños ingleses se regocijaban con las aventuras y tribulaciones de Buster Brown y de su perro, que se remontan al año 1902. Y, hacia el año 1913, el genial Bud Fisher, en los Estados Unidos, inventaba los extraordinarios personajes de Mutt and Jeff (en América Latina: Benitín y Eneas) que se mantuvieron durante más de cuarenta años en las páginas de los diarios, entroncando, a través de las amarguras del nuevo rico de Geo McManus, de los maravillosos Katzenjammer Kids (en español: Maldades de dos pilluelos), de Krazy Cat (1923), El Gato Félix, de Popeye, con sus espinacas energéticas, con los Tarzanes, Superman, Terry y los Piratas, Mandrake el Mago, que, con sus hazañas fabulosas, alimentaron una nueva mitología que aún nos acoge en las páginas de periódicos modernos.

Pero todo esto, señores austeros, informadores de Santo Oficio de la Cultura, no

ha impedido la edición, reedición, traducciones múltiples, de Tolstoi, Pirandello, Thomas Mann, Marcel Proust, James Joyce, Hermann Broch (no quiero alargar una har- to fácil enumeración de apellidos ilustres) a quienes el público medio del siglo pasado hubiese calificado de “autores difíciles”, por no decir, “ilegibles”.

¿La ciencia-ficción? Es un género lite- rario que ha existido siempre. Sus clásicos son Luciano de Samosata; el autor de un ro- mance medieval de Alejandro el Grande, que hace descender al héroe de su historia a las simas de los mares en una cápsula de cris- tal; Orlando Furioso que cruza un Océano a nado; Cyrano de Bergerac, con su viaje a la luna; Swift, el inagotable Swift, mucho más imaginativo en los últimos viajes de Gulliver que en los realizados en tierras de gigantes y de enanos; H. G. Wells, cuyos Primeros hom- bres en la Luna, La guerra de los mundos, El hombre invisible, La isla del doctor Moreau fueron el alimento intelectual de mis trece años...

¿El folletín, periodístico, televisado? Folletines fueron los Libros de Caballerías, con Amadís de Gaula a la cabeza; folletines (¡y de los buenos!) los de Javier de Montepin, Emilio Gaboriau, Eugenio Sue, a comienzos del siglo XIX, hasta llegar a ese superfolle- tín (folletín con magníficas calidades litera- rias) que fue el de Los miserables, de Víctor Hugo, primer best-seller absoluto de la litera- tura mundial (un millón de francos-oro ganó su autor con ese libro), que sigue gozando de una inmensa aceptación en todo el ámbito de habla hispánica hasta el extremo de que a los “lectores de tabaquerías” o lectores públicos de las manufacturas de puros y cigarrillos cu- banos, plebiscitos de oyentes solicitan perió- dicamente una nueva audición de la historia de Jean Valjean. El folletín, como lo vemos hoy en las pantallas de la televisión, no hizo el menor daño al desarrollo de la portentosa obra de Balzac, ni puso trabas a los amagos poéticos presurrealistas del Víctor Hugo de la vejez, ni a la difusión lenta pero tan universal como segura de Baudelaire y de Rimbaud...

Emilio Zola, después de la gloria inigua- lada del autor de Hermani, fue el segundo autor de bestsellers de Europa, en espera de Tolstoi, sin olvidar a Dickens, más tardío en cuanto a difusión. Y no debe olvidarse que si la maestría de Zola llega a sus cimas en Nana, en La taberna, en Germinal, este gran escri- tor había iniciado su carrera con libros como Teresa Raquin y Los misterios de Marsella que en poco se diferenciaban de los peores folletines que vemos hoy en las televisiones de estos mundos.

¿Y quién inmortalizó, difundió, hizo tra- ducir, lo que había de grande y auténtico en un Zola, desechando lo trivial y desperdicia- ble? El público lector. Como el público del cine contemporáneo ha sabido olvidar los espantables dramones que –con Francesca Bertini, Gustavo Serena, Itala Almirante Manzini, Hesperia, etcétera– nos ofrecían, a principios de siglo las firmas Cines de Roma y Ambrosio de Milán, y recuerda las grandes películas –me refiero a las obras de madurez– de un Chaplin. En el público se ha desarrolla- do un sentido crítico que, si bien aprecia las ventajas informativas, recreativas, instructi- vas, incluso, de los mass-media, es cada vez más adicto al Libro –escrito libro con inten- cionada mayúscula–.

Porque el Libro, pese a las especula- ciones y musarañas de esos “extractores de quintas esencias” –como los hubiera llama- do Rabelais–, gana cada día nuevos favo- res, nuevas posiciones, nuevos adictos en el público.

Hay, para darse cuenta de ello, un hecho clave que, por su elocuencia propia, conven- cería a un niño que no hubiese pasado, en cuanto a cultura, de las aventuras de Tarzán o de Mickey Mouse: las firmas editoras pro- liferan en todas partes de modo asombroso. Y el editor es hombre que vive y prospera a base de esa mercancía extraña, ingrata, poco rentable, aparentemente, que es el li- bro. Mercancía ingrata porque su producción implica una inversión a largo plazo con un resultado problemático: gastar dinero en la publicación de un autor nuevo o desconocido

que, a lo mejor, dentro de un año o dos habrá cubiertos sus gastos de impresión, si es que los cubre. El editor, para prosperar, tiene que organizar una red de distribución, cuidar de su publicidad, tratar de imponer a la atención del transeúnte distraído el título de una novela, de un libro de poesía o ensayos, calzado con el membrete de su razón social.

Todo esto implica preocupaciones ignoradas por el comerciante de otra índole, que ofrece al público artículos de uso cotidiano. La lectura, en cierto modo, es un lujo: el más personal de los lujos. El libro se compra con el dinero que sobra, cuando ya se ha gastado aquello que era necesario para la adquisición de lo demás —es decir: de lo diariamente imprescindible—.

Y, sin embargo, observemos el panorama editorial del mundo. Sin hablar de Francia, Alemania, Inglaterra, etcétera, países de vieja tradición al respecto, en los días de mi infancia las empresas editoriales existentes en América Latina apenas si llegaban a pasar en número aquel que pudiera contarse con los dedos de las dos manos. Existían impresores, desde luego, impresores que, mediante el pago de una suma determinada, publicaban (nunca a más de 2000 ejemplares) un libro debido a la tarea de un ensayista dado a conocer por los periódicos. Y, una vez hecha la edición, tenía el autor que recogerla por su cuenta y repartirla personalmente a las librerías, donde el tomo era acogido con displicencia cuando no con hostilidad (“Bueno... Déjeme diez ejemplares... Pero le advierto que la producción nacional se vende muy poco...”), quedándose generalmente, al cabo de tantos trabajos y sinsabores, con un millar de ejemplares invendidos que iban a parar al sótano o al desván de su casa, condenado a un olvido que a veces —muy pocas veces— era reparado por la curiosidad retrospectiva de una generación futura que descubriría un precursor, de pronto, en nuestro pobre autor fenecido sin pesares ni glorias. (Exceptuamos el éxito continental, excepcional, de un Rubén Darío... pero recordemos, también, lo poco entendida que fue la todavía insuperada

grandeza de un César Vallejo cuando aún lo teníamos entre nosotros...).

La actitud del público ante el libro, por lo demás, ha variado en el mundo entero (no me refiero desde luego a los países subdesarrollados donde no puede hablarse de que una inmensa masa de seres humanos, allí, no sabe leer ni escribir...). Como cada cual extrae sus observaciones y conclusiones de alguna experiencia propia, pienso en la generación de mi padre, de mi abuelo, tenidos, en su época, por gentes superiormente cultas.

¿En qué consistía su cultura? En la necesaria para ejercer decorosamente y a veces con verdadero talento la práctica de una profesión —mi abuelo abogado, mi padre arquitecto...—. Estaban al tanto de cuanto pudiera perfeccionarlos, ayudarlos, en el cumplimiento de sus respectivas actividades.

Pero... ¿por lo demás? Eran hombres cultos, tenidos por muy cultos en el medio de hombres, muy cultos también, en el cual se desenvolvían. Pero... ¿en qué consistía su cultura? En ser doctos en humanidades. Conocían a sus clásicos griegos, latinos, medievales, a los autores de los distintos Siglos de Oro —español, francés, inglés...—, del romanticismo alemán y de la literatura del siglo XIX y de la que les era contemporánea. En sus conversaciones barajaban inteligentemente los nombres de Balzac, de Flaubert, de Zola, de Dostoievski, de Tolstoi, de Ibsen, de Galdós, de Pío Baroja y, desde luego, de muchos poetas cuyos nombres, en muchos casos, están ya olvidados. Tenían algunas nociones de filosofía. Sabían mucho de historia. En otros terrenos habían leído, desde luego, a Darwin, Haeckel, Le Bon, Renan, Taine, Emerson, pero de manera esporádica y sin mayor persistencia.

Por lo demás, para ellos, la filosofía era terreno dejado a los filósofos (gente de una actividad bastante difícil de definir, si hemos de estar de acuerdo con un regocijado ensayo de Raymond Queneau); la arqueología era cosa de arqueólogos; la sociología, cosa de sociólogos, las ciencias, cosa de científicos. Y en cuanto a la política... oh, en cuanto a

la política: “Juegos de manos, juegos de villanos”, decía mi abuelo... Anatole France, (esteta), dilettante de la filosofía, de la política, de todo; autor de “vidas de santos” en quienes no creía, verdadero touche-à-tout como diría un francés, fue, no hay que olvidar, el maestro de toda una generación representativa de una época.

Hoy, asomémonos a los escaparates de una librería en París, en Londres, en Buenos Aires, en México, en La Habana, donde se quiera. Allí, las novelas están situadas en nivel de igualdad con el libro que trata de las excavaciones realizadas en Súmer, en la Isla de Creta, en algún lugar de México o del Perú; todos los hombres de mi generación han leído a Freud, a Jung; a Lacan (y quiero hacer la lista breve); han leído a Marx, a Engels, a Gramsci, a Lukács; hay libros de filosofía que, en estos últimos años, resultaron verdaderos best-sellers, la cibernética, las ciencias, la astronáutica (nuevas formas de la ciencia-ficción, pero esta vez con hombres de verdad que ponen el pie en la luna) apasionan a todo un público.

Las colecciones se multiplican: monografías artísticas cada vez menos costosas; vidas de compositores, historias de la música, tratados de organografía ad-usum-delphini (todo esto ayudado por el disco); política, historia contemporánea, sociología viviente, exploraciones, conocimientos del planeta, estructuralismo. Lévi-Strauss, etcétera, etcétera. El público lector crece de día en día, en cuanto a curiosidad, deseo de enterarse, poder de asimilación, anhelo de acceder a zonas del pensamiento que ayer le eran ignoradas...

Y con ello no se sorprenden ustedes de que si los editores del siglo pasado (salvo en los casos excepcionales de un Víctor Hugo o de un Zola) tiraban un libro de literatura –peor aún si era de filosofía o sociología– sobre una base de 2000 ejemplares, hoy las tiradas de 20.000, 30.000, 50.000 y hasta de 100.000 son hechos corrientes. Y, por lo pronto, no conozco un editor en Europa o en América Latina que, desde hace treinta años,

se haya declarado en quiebra: prueba de que “el negocio rinde” –como suele decirse–. Y rinde, porque hay lectores. Lectores para quienes los mass-media no compensan la incomparable “meditación a solas”, frente a la página impresa, que constituye la lectura de un libro.

A ello podrá responderse que subsiste el terrible problema de los países subdesarrollados, donde enormes masas de seres humanos son incapaces de escribir su propio nombre en una hoja de papel. Pero esto atañe ya a otro problema, problema de educación intensiva y masiva que tiene que plantearse desde el momento en que el niño pronuncia las primeras palabras de su idioma. Y ese problema no se resuelve con libro más o menos, ni tiene La Divina Comedia papel que desempeñar, por ahora, donde la posesión de un puñado de arroz o de un mendrugo de pan es la cuestión que debe resolverse hoy mismo, sin dilaciones que suelen ser motivo de vergüenza para los hombres de nuestra época. Pero ese problema lo conocen todos, aunque algunos se hayan hecho el innoble propósito de ignorarlo. Ahí la ecuación no se define en términos de cultura, de lecturas, sino de sistemas.

Si hay hambre de lectura –es totalmente cierto– en los países desarrollados, hay, no tan lejos, hambres de lectura... Y ante esto, no desempeñemos el papel burlesco de la noble dama de Proust que, durante la guerra de 1914-1918, tenía, como máxima preocupación, la de que su panadero le entregara, cada mañana –a pesar de las restricciones– los bizcochos que eran el adorno y encanto de su desayuno tomado prudentemente antes de la lectura de un periódico que hubiese podido traerle malas noticias sobre la posición de los ejércitos aliados en los frentes.

**Alejo Carpentier:** *Ensayos selectos. Editorial Corregidor*

<http://www.pagina12.com.ar/diario/verano12/index-2009-01-16.html>

© 2000-2009 [www.pagina12.com.ar](http://www.pagina12.com.ar)|República Argentina|Todos los Derechos Reservados

## EL LECTOR

Por Eduardo Galeano

En uno de sus cuentos, Soriano imaginó un partido de fútbol en algún pueblito perdido en la Patagonia. Al equipo local, nunca nadie le había metido un gol en su cancha. Semejante agravio estaba prohibido, bajo pena de horca o tremenda paliza. En el cuento, el equipo visitante evitaba la tentación durante todo el partido; pero al final el delantero centro quedaba solo frente al arquero y no tenía más remedio que pasarle la pelota entre las piernas.

Diez años después, cuando Soriano llegó al aeropuerto de Neuquén, un desconocido lo estrujó en un abrazo y lo alzó con valija y todo:

– ¡Gol, no! ¡Golazo! –gritó–. ¡Te estoy viendo! ¡A lo Pelé lo festejaste! –y cayó de rodillas, elevando los brazos al cielo.

Después, se cubrió la cabeza:

– ¡Qué manera de llover piedras! ¡Qué biaba nos dieron!

Soriano, boquiabierto, escuchaba con la valija en la mano.

– ¡Se te vinieron encima! ¡Eran un pueblo! –gritó el entusiasta. Y señalándolo con el pulgar, informó a los curiosos que se iban acercando:

– A éste, yo le salvé la vida.

Y les contó, con lujo de detalles, la tremenda gresca que se había armado al fin del partido: ese partido que el autor había jugado en soledad, una noche lejana, sentado ante una máquina de escribir, un cenicero lleno de puchos y un par de gatos dormilones.

*El texto de Galeano forma parte de su último libro, Bocas del tiempo.*

Radar|Domingo, 28 de Enero de 2007

*Inéditos*

## ALÍ POR SORIANO

**A sus plantas rendido un país**

El 30 de octubre de 1974, un Muhammad Alí de 32 años, por el que nadie daba ya un peso, subió a un ring en Zaire para enfrentar a un George Foreman de 25 años, con 40 peleas invicto y amplio favorito. Con el nocaut al final del 8º round, Alí hizo mucho más que recuperar la corona que le habían quitado por los medios más viles. Por eso, un entonces joven e inédito Osvaldo Soriano publicó en el número de diciembre de la revista Crisis esta nota, hasta ahora nunca republicada, que anticipa un libro que recopilará otras tantas de aquellos años, y en la que ya se vislumbran algunos de los grandes temas de sus futuros libros: boxeadores, perdedores y hombres que encarnan el destino trágico de un pueblo.

Por Osvaldo Soriano

El rechazazo de Alí. El inmenso cuerpo de Foreman que se derrumba a sus pies. Siete millones de negros musulmanes que enmudecen. O estallan de alegría. Veinticuatro minutos de pelea bastaron a Muhammad Alí

para sacudir la historia del boxeo moderno. Los ojos del Zaire vieron cómo ese nieto de esclavos –que alguna vez llevó el nombre del propietario de su abuelo, Cassius Marcellus Clay– brindaba al mundo una de

las más grandes lecciones de fe, de dignidad, de vida, de que es capaz un hombre.

Final del 8° round: Foreman en la lona y Alí en la gloria.

Había dos negros sobre el ring, pero sólo uno luchaba por algo más que 5 millones de dólares. Para Alí era el fin de un largo camino de humillaciones

Los medios de comunicación se apresuraron a difundir una imagen ligera, inocente, del triunfo de Alí. Como lo hicieron siempre que les tocó hablar de ese hombre rebelde que reúne –juntas– dos condiciones intolerables en los Estados Unidos: es negro y habla demasiado.

Gritó durante toda la pelea. Provocó a Foreman, lo sacó de sus casillas ayudado por el público negro que gritaba “matalo, Alí” como si ésa fuera la consigna de toda su raza. Y el bueno de Foreman, invicto hasta entonces, comenzó a flaquear, quemó sus energías en unos instantes hasta quedar a merced de quien siempre fue el verdadero dueño de la corona mundial.

Es posible que el formidable peso de la historia haya fulminado a Foreman. Cuando apareció en el ring y oyó a sus hermanos de color reclamar la corona robada por los norteamericanos hace siete años, no pudo sino entregarla. Para ello soportó desaire y vergüenza. Alí se sentó en las cuerdas, al acecho, y antes de derribarlo lo rezongó, se burló de él y hasta lo hizo embestir las sogas, ciego de furia e impotencia.

La chance de George Foreman se basaba, ante todo, en la presunta decadencia física de Alí. Muy pocos contaron, en cambio, con que la inteligencia del líder musulmán se había robustecido con el tiempo. Los apostadores que pensaban llenar sus bolsillos con el definitivo ocaso de Muhammad no quisieron ver la potencia que el odio había acumulado en sus músculos. El odio de una raza vejada durante cuatrocientos años en el Nuevo Mundo.

Había dos negros sobre el ring, pero sólo uno luchaba por algo más que 5 millones de dólares. Para Alí era el fin de un largo ca-

mino de humillaciones: la oportunidad de vengar las afrentas, de proclamarse soberano como hombre negro. De mostrar que no hay milagros sino realidades.

El triunfo de Alí fue el de los musulmanes negros, el de los objetores de conciencia atormentados y encarcelados por negarse a pelear en Vietnam. Pero no fue la suya una empresa individual, solitaria. Muchos hombres negros apuntalaron su fe y alimentaron su obsesiva ambición de ser el campeón para demostrar que la ley blanca era impotente ante la furia de uno de sus esclavos.

“Cassius Clay es el mayor ego de Norteamérica. Y también es la más veloz personificación de la inteligencia humana hasta el momento habida entre nosotros: es el mismísimo espíritu del siglo XX, es el príncipe del hombre masa y los masivos medios de comunicación”, ha escrito Norman Mailer. Parece exagerado. Sin embargo, el éxito de la cruzada emprendida por Alí hace siete años –que casi todos los expertos calificaron de utopía– parece dar la razón a Mailer.

La historia de Cassius Clay es común a casi todos los boxeadores negros, sólo que más brillante. La de Muhammad Alí está llena de grandeza y miseria.

El 28 de abril de 1964, Clay venció a Sonny Liston –un rey de los bajos fondos– en seis asaltos. Un año más tarde comenzaría la persecución: el 25 de mayo de 1965, la comisión de boxeo le quitó el título por primera vez, acusándolo de haber combatido ante Liston sin la debida autorización. Para reconquistarlo tuvo que esperar hasta el 6 de febrero de 1967 y vencer a Ernie Terrel, un blanco mediocre que había sido designado titular de la categoría.

La corona estuvo sobre su cabeza sólo dos meses. El 28 de abril, las autoridades le retiraron su licencia de boxeador y lo despojaron nuevamente del título mundial por negarse a ingresar al ejército norteamericano que iba a destinarlo a Vietnam.

“Con los impuestos que pago por cada pelea, un soldado norteamericano vive un

mes matando gente en Vietnam. Con lo que pago en un año es posible construir bombas como para quemar una aldea. Con todo esto, ya soy culpable. ¿Tengo además que matar con mi propia mano?”, dijo entonces. Se declaraba objetor de conciencia, se confesaba integrante de los Black Muslims; eso bastaba para que los medios de comunicación elaboraran una imagen de monigote, de payaso, más digestiva para el público.

El 20 de junio de 1967, en Houston, Texas, el Tribunal Federal del Distrito Sur del Estado lo declaró culpable de negativa a ingresar al ejército y lo condenó a cinco años de prisión más una multa de 10 mil dólares.

A fuerza de apelaciones, Alí eludió el calabozo. Pero no dejó de hablar: “Los negros estamos presos hace cuatrocientos años –dijo–. Por eso no pueden llevarme a un lugar en el que ya estoy”.

Había ganado 4 millones de dólares, aunque el fisco embolsó el 80 por ciento. Con el resto compró una casa para su madre en Louisville –donde había nacido– y otra para él en Chicago por 100 mil dólares; el divorcio con su primera mujer le costó 50 mil dólares más una renta mensual de 1200 durante diez años. Los honorarios de sus abogados ascendieron en poco tiempo a 50 mil dólares. La persecución amenazaba con llevarlo a la bancarrota. Sin embargo, sus honorarios como socio de una cadena de puestos de salchichas en los barrios negros le permitieron salir adelante. Su figura –su inteligencia quizá– le abrió las puertas de las universidades donde dictó conferencias por las que cobraba mil dólares.

Los periódicos underground comenzaron a publicar sus respuestas. “¿Odia a los blancos?”, le preguntaron una vez. “No odio a nadie –contestó–, soy una víctima del odio. Soy demasiado limpio para este deporte. Soy demasiado bueno para mi tiempo. Esa es la razón por la que han decidido librarse de mí.”

Había otros motivos, más contundentes, para que los zares del boxeo lo echaran a la

calle. Alí, el más grande boxeador de todas las épocas –según opinión de Joe Louis–, había sido un mal negocio. No había rivales para él; cualquier pelea era un juego de niños. Nadie pensaba seriamente en vencerlo. El público lo sabía y comenzó a quedarse en sus casas. Alí peleaba solo. Así, el más genial boxeador quedaba marginado por su propia grandeza.

Resultó una víctima ideal: molesto, fanfarrón, irritaba al periodismo con sus declaraciones, horribles poemas e insidiosas canciones. Cuando se negó a ir a la guerra, quedó absolutamente indefenso.

El 6 de mayo de 1968, el 5º Tribunal de Apelaciones confirmó la culpabilidad de Clay. Sus abogados sostuvieron más tarde que la condena se había basado en la exposición de cinco conversaciones telefónicas sostenidas por Alí e interceptadas por el FBI. El gobierno admitió haber tomado las charlas que, dijeron los fiscales, “afectaban la seguridad nacional”. Los tribunales dieron marcha atrás y el ex campeón tuvo su respiro.

Entretanto, su cintura perdía la armoniosa línea que le había permitido bailotear por el ring como un gato. Aunque varios estados norteamericanos habían anunciado que le concederían permiso para combatir, ningún político se animó a ver de cerca a ese negro contestón. Quiso pelear en el extranjero, pero le impidieron salir del país. El 6 de julio de 1970, el Tribunal de Apelaciones anunció que las charlas telefónicas no habían influido para condenarlo. Dos días más tarde, en Charleston, Carolina del Sur, le prohibieron hacer una exhibición. El 2 de septiembre, por fin, subió a un ring en Atlanta, Georgia, para cruzar guantes amistosamente con varios sparrings. Doce días después, el juez federal Walter Masfield, de Nueva York, decidió que la prohibición para actuar en su estado era “arbitraria e irracional”, y ordenó que le restituyeran los derechos. Otro tanto ocurrió en Atlanta, donde se concertó su pelea contra Jerry Quarry para el 26 de octubre. Muhammad

Alí venció con facilidad y abrió el camino hacia el retorno. En su segunda pelea volteó al argentino Oscar Bonavena y más tarde a Jimmy Ellis. Así ganó el derecho a enfrentar a Joe Frazier por la corona mundial.

El combate —que Frazier ganó por puntos— pareció enterrar definitivamente a Muhammad Alí. Sin embargo, su ánimo no decayó. Para él, la derrota ante el campeón había sido injusta: exhibía como prueba su fortaleza al final del combate, mientras el vencedor debió ser internado en un hospital a causa de la paliza recibida.

El verdadero drama de Alí era moral. Elijah Muhammad, el máximo jerarca de los Black Muslims, había decidido expulsarlo de la congregación por negarse a abandonar el boxeo. Alí discutió con su maestro, pero respetuosamente acató la decisión. No obstante, jamás renegó de los Muslims: estaba seguro de que si recuperaba la corona, ellos serían los beneficiados. La Nación del Islam —así la denominan ellos— plantea el apartheid económico y racial del pueblo negro por medios pacíficos.

En noviembre de 1971, Muhammad Alí vino a Buenos Aires para realizar una exhibición en la cancha de Atlanta. Entonces montó su habitual show de verborragia y amenazas. Vicki Walsh y el autor de este artículo lo entrevistaron para conversar sobre su prédica religiosa y política.

“Somos 30 millones de negros contra 170 millones de blancos; no tenemos munición ni armamento adecuados y, sin embargo, nuestra revolución sigue creciendo. Si utilizáramos la violencia, los negros no tendríamos la menor chance en los Estados Unidos, porque ni siquiera controlamos los abastecimientos. Seríamos como un toro enfurecido corriendo hacia un tren: sólo quedarían su carne y su sangre sobre las vías.” Esta era su posición frente a la violencia de los Black Panthers, aunque agregaba: “No condeno a ningún hombre por defender aquello que cree está bien, especialmente si está dispuesto a dar la vida por ello.

Muchos revolucionarios negros han dado ya su vida”.

Quienes conocían a fondo las ideas de Alí ansiaban verlo en las tribunas, predicando la fe musulmana, lejos definitivamente del ring. Es que pocos creían en sus posibilidades de recuperar la corona. Sin embargo, en los tres años siguientes, este negro empecinado fue hacia una y otra costa del país para derribar a boxeadores de categoría menor en busca de una nueva oportunidad. Hasta tuvo que sufrir la fractura de su mandíbula frente al mediocre Ken Norton. Ya no brillaba como antes: había perdido su estilo felino, sus movimientos serenos y armoniosos. Ahora ponía sobre el ring la experiencia, la astucia; medía cada uno de sus pasos para no derrochar energías.

Cuando el título cambió de manos y el joven Foreman —un invicto temible por su pegada— se erigió en el nuevo coloso, los expertos opinaron que nadie podía dar un dólar por la chance de Alí. Sin embargo, Frazier cayó a sus pies, Norton tuvo que verlo levantar los brazos y los empresarios comenzaron a planear el gran combate.

Alí insistió para que se realizara en el Africa. Lo que parecía una mera especulación comercial, iba a adquirir un sentido magnífico el día de la victoria: el 30 de octubre, en Kinshasa, ningún negro dejó de levantar a Alí como un estandarte de libertad.

Curiosamente, las agencias noticiosas insistieron en la versión de un Alí payasesco, casi odioso. Nadie recordó que alguna vez dijo: “Un día levantaré mi puño vencedor para que mi pueblo negro diga, como yo, que es el más hermoso y el más fuerte”.

Al terminar el combate, gritó: “Fue Alá quien dio los golpes, era él y no yo quien estaba sobre el ring”. Era toda una raza la que esa noche estaba allí.

Con Foreman cayó el último Tío Tom del boxeo estadounidense. Es posible que Joe Louis haya visto vengada su miseria, Sonny Liston su muerte degradada. Aún no es posible saber si Alí abandonará el boxeo

o buscará ganar dólares en una revancha. Poco importa ahora qué hará.

El deporte permitió que la raza negra erigiera a dos de los suyos como los hitos mayores de este siglo: Edson Arantes do Nascimento (Pelé) y Muhammad Alí. El brasileño renegó de su negritud, sirvió a la dictadura implantada en el Brasil en 1964 y aconsejó a los niños negros que tomaran Pepsi-Cola y fueran buenos con los blancos. Alí se negó a juzgarlo: “Es mi hermano de raza”, dijo. Pelé, en cambio, despreció siempre al boxeador.

“Ser campeón de peso pesado en la segunda mitad del siglo XX (con revoluciones negras a lo largo y ancho del mundo) representa algo parecido a ser Jack Johnson, Malcolm X y Frank Costello en una sola pieza”, ha dicho Norman Mailer. Es posible que nadie lo sepa mejor que Alí. De allí su afán casi salvaje por coronarse nuevamente.

Hemos tenido el raro privilegio de asistir al momento cumbre de la historia del boxeo. Más allá de la dudosa calidad del combate, millones de personas de todo el mundo vieron cómo Muhammad Alí recuperaba a puñetazos lo que el Tío Sam le había quitado por decreto.

